

La Ilustración Artística

Año XXXIII

BARCELONA 16 DE NOVIEMBRE DE 1914

Núm. 1.716

LA GUERRA EUROPEA. - LA CARIDAD

Inagotables son las formas bajo las cuales se manifiesta la caridad en la presente guerra; no parece sino que a medida que los hombres han aumentado sus elementos de destrucción creando máquinas que causan verdaderas hecatombes de vidas humanas, el cielo ha inspirado nuevos recursos para aminorar las consecuencias de las horribles catástrofes.

nar sus cuerpos o por lo menos aminorar sus dolores físicos, los consuelos que sólo el alma de la mujer sabe inspirar y que obran como bálsamo reparador sobre los padecimientos del espíritu.

Entre los varios medios empleados para cuidar y transportar a los heridos, figura el que el adjunto grabado reproduce. Trátase de un hospital instalado en un barco para recibir y atender



Buque hospital instalado por las Damas de Francia y destinado al transporte de heridos graves. Descendimiento de un herido por medio de una pequeña grúa que forma parte del material del barco. (De fotografía de Branger.)

Y mientras los hombres luchan en los campos de batalla con un encarnizamiento nunca visto, como si se tratase de combates entre fieras, dominados por un odio ciego y sedientos de sangre, las mujeres, convertidas en ángeles de la caridad, dedícanse en todas partes a cuidar a los que cayeron heridos en la lucha, atendiéndolos con solicitud cariñosa, haciendo al lado de ellos de madres, de esposas, de hermanas, y prodigándoles con los remedios materiales que han de sa-

provisionalmente a heridos graves y conducirlos a los otros hospitales establecidos en distintas ciudades de Francia y de Inglaterra. No falta en el buque nada de cuanto se necesita para cumplir los fines a que está destinado, y al cuidado de los heridos van las Damas de Francia, que tanto se desviven en la actual guerra para hacer menos sensibles los terribles males que a tantos pueblos afligen.

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Medallón retrato de Alejandro Graham Bell*. — *El príncipe de ensueño*, por Santiago Vinardell. — *Los horrores de la guerra*. — *La guerra europea*. — *Por casar a su hija* (novela ilustrada; continuación). — *Madrid. Consagración del nuevo obispo de Barcelona Dr. D. Enrique Reig y Casanova*. — *Londres. La exposición del «Club de las Tres Artes»*. — *Barcelona. Procesión de rogativas*. — *Apertura del Canal de Panamá al comercio del mundo*.

Grabados. — *La guerra europea. La caridad*. — *Medallón retrato de Alejandro Graham Bell*, obra de Spicer-Simson. — *Dibujo de Tamburini*, ilustración al cuento *El príncipe de ensueño*. — *Orfeo y Euridice*, cuadro de Anselmo Fuerbach. — *Un herido abandonado*, dibujo de N. Martí Cabot. — *La guerra europea* (nueve fotografías). — *El intruso*, dibujo de Luciano Jonás. — *Madrid. Consagración del nuevo obispo de Barcelona Dr. D. Enrique Reig*. — *Odette*, cuadro de la señorita Ruth Hollingsworth. — *Barcelona. Procesión de rogativas*. — *El buque «Ancón», primero que ha hecho el viaje entre el Atlántico y el Pacífico por el Canal de Panamá*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El día de Difuntos tiene este año un sentido más desolador que de costumbre. Porque en 1914 hay un día de Difuntos, pero pudiera llamarse de Difuntos el año entero.

Al menos, desde agosto, es el año triunfal de la señora Muerte. La descarnada, la segadora, ¡qué cosecha ha logrado; cuántos cuerpos jóvenes, respirando brio y vigor, han caído en la fosa colosal que se extiende por todos los ámbitos de Europa!

Lo curioso es que, a pesar de su lúgubre significación, el día de Difuntos no es triste, al menos en el campo. En las ciudades, pasa inadvertido; en las aldeas, como el labriego conserva el culto ancestral, el de los manes, aun cuando la iglesia no impone la misa de precepto, asiste a ella y gasta sin duelo en responsos y plegarias por el alma de los que están en el otro mundo.

Peró, si es un día hermoso de otoño, y el sol, aunque pálido, luce y dora los campos en rastrojo, y cuelga diamantes en las hojas humildísimas de la berza boyal; la castaña cuece en la olla, el vinillo agrio colma el jarro de barro o de loza blanca, con azules arabescos, y al amor de la cocina, donde el pote canta su glu, glu, hay alegría y ganas de que «por allá nos aguarden mucho tiempo»...

He dicho vinillo del país. Me refería a unos veinteaños ha. Hoy no se produce, o se produce en insignificantes proporciones, aquel «pifón» que trascendía a fresa, y regocijaba las veladas campesinas.

Yo, que pudiera ser nazarena, pues no pruebo el vino, y menos cuanto mejor y más añejo es, tenía una predilección (enteramente platónica) por tales «vinillos» que, según dicho del país, valen un ochaavo más que el agua. Si bebiese de alguno, de ése bebería. Y, después de todo, el famosísimo vino del Rhin, ¿qué es sino un «vinillo»? Con razón lo calificaba de tal Alfredo de Musset, en aquellos conocidos versos, parafraseando la canción patriótica del Rhin alemán:

*Nous l'avons eu, votre Rhin allemand.
Il a tenu dans notre verre...*

Añadiendo irónico: «Vuestras muchachas no lo ignoran, porque nos han escanciado vuestro blanco vinillo...»

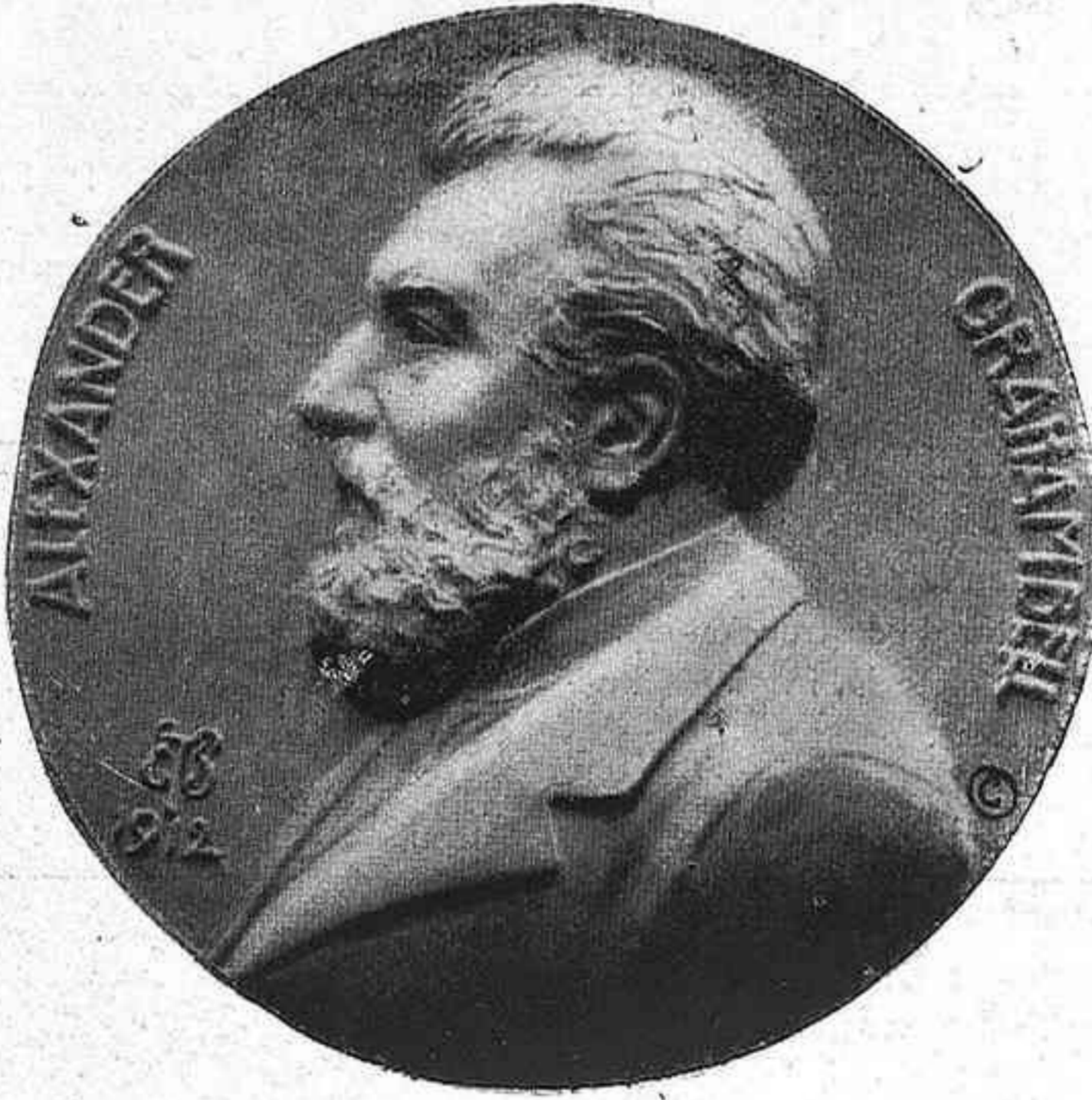
Ello es que el «pifón» de estas tierras ha desaparecido. No se sabe qué frialdad le ha entrado al terreno, qué desmayo al sol. Aquel poco de espíritu parral que maduraba antes en unos racimos agrios, se evaporó. Menos alegría en las chozas.

Y también se acabarán las castañas, que solían acompañar al vinillo, porque el castaño, ese hermosísimo árbol de madera y fruto, está gravemente enfermo. Tan enfermo, que va muriéndose poco a poco. Antes del tiempo que le corresponde, sus hojas amarillean, y a verlas amarillear antes del otoño es seguro que el árbol tiene la herida en la misma raíz. Cuando digo la herida, debiera decir el gusano; es un horrible gusano blanco el que con sus mandíbulas de acero taladra el núcleo vital y sacrifica al árbol.

Yo no sé si a los que me leen les pasará lo que a mí: un árbol me inspira respeto, interés, como si su vida fuese una vida humana. Al borde del camino real, anchísimo, tapizado de acre polvo en verano, devorado de solanera, existía un oasis; la fresca sombra de doce espléndidos castaños, seculares, no muy altos, recios y anchos como jayanes forzudos, de inmensa copa en forma de parasol, y a quienes tradicionalmente se conocía por los *doce apóstoles*. Verlos sucumbir al contagio, fué un duelo. No se creía posible que nunca feneciesen aquellos atletas. Uno tras otro, sin embargo, cambiaron de color y

languidecieron hasta quedar con sns hermosos brazos desnudos, secos, negros, desentonando entre el verdor de los campos vecinos.

Y se acabó el deleitoso alivio de aquel toldo verde para los caminantes, que se detenían un momento a gozarla, y aun a refrescar, pues las rosquilleras aldeanas colocaban allí sus mesillas cubiertas con gordo y blanco mantel, y ofrecían resolio, agua, cerezas en la sazón, y peras, y manzanas, y pan de maíz, y galletas más duras que guijarros. Los trajinantes y feriantes, aguijada en puño, tomaban el tente en pie, mientras la pareja de bueyes tendía los bezos húmedos en dirección del prado, más próximo,



Medallón retrato del profesor Alejandro Graham Bell, inventor del teléfono, ejecutado por encargo de su esposa por el escultor Spicer-Simson. (De fotografía.)

o el caballejo, paciente, se mosqueaba, con la cola. Este lindo cuadro de vida rústica es el que con el *Apostolado* ha desaparecido. Y presto desaparecerá la castaña, golosina para los chicos, sabroso condumio para los grandes, la gente labriega, que se conforman a diario con un caldo de berzas o de calabaza...

El día de Difuntos trae a la memoria la desaparición, no sólo de seres queridos, sino de épocas enteras, que se fueron para no volver. Las sociedades tienen, como los individuos, su juventud, su madurez, su decrepitud, su muerte.

¡Quién se acuerda de aquel célebre día de Difuntos, de *Figaro!* ¡Y el período de la guerra de 1870, cuánto se diferencia del actual!

De sus famosos personajes, no creo que quede sino la Emperatriz Eugenia, la que, con la ceguera de la fatalidad, dijo del conflicto:

— Esta guerra es mi guerra.

Hoy, Eugenia de Montijo, destronada y, lo que es peor, herida en el corazón para siempre por el espantoso episodio que le arrebató a su hijo, pasea por Europa la melancolía profunda de su longevidad. Vivir muchos años, es un bien cuando hay en la existencia un interés, un cariño, algo que consuele de la prolongación de la vida; ¡pero la emperatriz de los franceses está bien sola! No tiene, como aquella otra emperatriz de tristes destinos, que cayó a manos del anarquista Sipido, la embriagadora distracción de la estética, el culto de la belleza, un sueño homérico, una evocación de la noble y gallarda sombra de Aquiles el de los pies veloces...

— ¿Cómo puede esa señora, me preguntaba una madre que había perdido una hija de una perniciosísima fiebre, pensar en Homero, habiendo perdido a su hijo, el heredero del trono y de tal manera?

No se sabe qué contestar. Es indudable que la mayor parte de las cosas íntimas, no se explican fácilmente. Son. Y lo íntimo de cada persona es enigma para otra. Hay que admitir la diversidad de las psicologías, la variedad de los temperamentos. Unos olvidan las penas con el licor, como Hamlet; otros (los menos y los escogidos), por el encanto del arte. No pocos las olvidan contrayendo una manía. ¡Pch! El caso es olvidar.

¿Ha olvidado Eugenia de Montijo? Su vida, sorda y recóndita, si bien rodeada de alto lujo y de cierto aparato todavía imperial, no deja traslucir el estado de su ánimo. Que pese sobre ella una pena inveterada, continua, nadie podrá dudarlo. Sólo que en el dolor de Eugenia de Montijo se mezclan varios dolores. La desaparición del hijo es desgarradora; y lo es más, porque significa la de las esperanzas; él era el heredero del trono, la bandera de los todavía leales a su idea dinástica.

Los pretendientes que vinieron después, sobrinos, prole de Corso, no fueron, a decir verdad, lo que se llama candidatos serios. El candidato que (a pesar de llevar a cuestras, en sus hombros inocentes, el peso de los errores del régimen) pudiera reunir sufragios y despertar simpatías; el que, desde niño, había empezado a dar señales de valor y a tener su leyenda, y murió víctima de ella, estérilmente sacrificado por salvajes, era el hijo de Napoleón III, príncipe bello y heroico, que no pudo encontrar, para su heroísmo, otro campo sino los ardientes peñascales de Zululandia...

Si ese hijo hubiese vivido, cumplido su carrera, la atención de Francia hubiese estado fija en él, sobre todo si tenía la virtud de mantenerse dentro de su posición, casarse a tiempo, con una princesa de casa real, dirigir su actividad hacia fines serios, cercándose de respetabilidad y dignidad, formado, con ayuda de las vicisitudes políticas y los movimientos de la opinión, un partido con el cual tal vez hubiese que contar ahora. Y al adquirir popularidad el Príncipe, o el ya Emperador para sus partidarios, hubiese resaltado la figura de su madre; y al formarse él una familia, las dulces emociones de la segunda maternidad hubiesen dado un objeto a la vida de Eugenia...

Actualmente, se consagra a asistir a los heridos franceses; lindo gesto de noble anciana, de inconsolada madre... Esos heridos también tienen sus madres, allá en las remotas aldeas, en las laboriosas ciudades fabriles; también ellas llorarán, en la angustiosa incerteza de la suerte del ser querido... Y Eugenia, la *máter dolorosa*, al atender a esos heridos de la campaña, piensa, de seguro, en el que allá pereció sin socorro humano, sin cariño femenino...

Lo que nos está desorientando, a los curiosos, a los cronistas, es que todo ello se sepa por noticias descarnadas, por telegramas mutilados, recortados, secos, sin el detalle que hace imagen, sin la pintura que graba en la mente el hecho. En esta guerra no hay «diarios de testigos», no hay un escritor que vaya siguiendo a los ejércitos beligerantes, como fué D. Pedro Antonio de Alarcón en la campaña de África. Están sucediendo cosas dignísimas de contarse y las ignoramos por entero.

Del malogrado príncipe Mauricio de Battenberg sólo sabemos que, según dicen, la bala le entró por la frente y que no sufrió.

De las ciudades arrasadas, cuentan con laconismo trivial:

«Son un montón de escombros.»

Y a fórmulas por el estilo se reduce la parte descriptiva de esta universal tragedia...

No he visto caso más secreto que este enorme, inconmensurable caso público, esta guerra sin fin, que crece y crece y se esparce y ramifica por naciones y naciones. Nuestra curiosidad, tan legítima, tiene que mortificarse, hasta el día, lejano aun, en que un historiador de la talla de un Momen o de un Thierry se encargue de referirnos lo que sucedió, y que, ocurriendo, puede decirse, ante nuestros ojos, se reviste, para los contemporáneos del más impenetrable misterio.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

MEDALLÓN RETRATO DE ALEJANDRO GRAHAM BELL

Tomándolo del «Boletín de la Unión Panamericana», reproducimos adjunto el medallón retrato del célebre físico Alejandro Graham Bell, obra del escultor Spicer-Simson.

Spicer-Simson nació en Francia, de padres ingleses, e hizo sus estudios artísticos en la Escuela de Bellas Artes de París, bajo la dirección de maestros tan afamados como Millet, Thomas y Damp. Desde que expuso por vez primera sus obras en el Salón de 1896, sus triunfos han sido incansables no sólo en la capital de Francia, sino en otras capitales europeas.

La obra de este medallista es notable por varios aspectos. Maneja con maestría el material de que se sirve y ha logrado asimilarse hasta hacerlo suyo el estilo de los grandes retratistas italianos del siglo XV, cuyos rasgos característicos son la valentía del dibujo y la sencillez del modelado. Entre sus obras más apreciadas figura el medallón de Watts, ejecutado conforme el estilo de los primeros tiempos del Renacimiento y que recuerda uno de los retratos de Pastorino. Pero la más afamada de sus creaciones es sin duda el medallón de Luisa Hammond, pues por su encanto y por su energía nos trae a la memoria el célebre medallón de D. Inigo de Dávalos por Pisano. Su medallón de Bell es de un parecido grandísimo y de un soberano realismo. Sin duda por esta razón muchos museos de Europa y de los Estados Unidos se han apresurado a solicitar y adquirir copias de él.

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de

EL PRÍNCIPE DE ENSUEÑO. POR SANTIAGO VINARDELL, dibujo de Tamburini



Juan permanecía absorto

Al regresar de mis largas estancias entre pinares, la visión magnífica de los viejos jardines de los Fontalba, cercados por sencilla balaustrada de mármol, se me aparecía como un rincón de ensueño y mi alma, propicia a todas las ensoñaciones, se perdía en un dulce vagar por las interminables avenidas de mirtos y cipreses.

Los atardeceres de invierno, en el humilde pueblo marinero, eran breves y luminosos con sus celajes de nácar y púrpura. En cuanto el sol doraba la rumorosa y fragante copa de los grandes pinos de la playa, un airecillo sutil y penetrante me obligaba a embozarme en mi parda capa, ladeaba mi chambergo, me atusaba el bigote y con aire marcial atravesaba mi campamento de cipreses que, al ponerse el sol, eran lanzas de oro. Entonces, ya lejos de la playa y al abrigo de la tupida muralla de follaje, hacia de los viejos jardines mi refugio y todas las leyendas de que los marineros habían poblado la señorial mansión de los Fontalba, revivían en mí y convertían en bosque sagrado el abandonado parque.

La gente marinera, sencilla y crédula, atribuía el alejamiento de los moradores del ruinoso palacio a las almas en pena que vagaban de noche por sus salones. Y realmente almas en pena había de por medio: una pobre anciana y su nietecita, que allá en un cuarto piso de la capital vivían atormentadas por toda una caterva de diablos: picapleitos, usureiros, leguleyos y demás plumíferos vividores.

Durante veinte años de completo abandono, si el palacio se desmoronaba, la fronda adquiría nuevas formas bellas: las aristas vivas de los recortados arbustos habían desaparecido para ceder su plaza a más suaves líneas; los cipreses se erguían solemnes y poderosos, y los rosales trepaban a su sabor por las glorietas de boj que se levantan en los ángulos junto a la blanca balaustrada... Yo no sabía de la existencia de esos jardines de ensueño, que el musgo y los líquenes embellecen, sino por los dibujos de

esos artistas ingleses que consagran su talento a ilustrar las páginas de los libros infantiles.

Y todo esto, tan bello, junto al mar eternamente azul inquieto y murmurador...

* * *

Fuí el primero en quedarme sorprendido al regresar del acostumbrado paseo, una tarde de Primavera. Por la glorieta de boj más cercana al mar, y a la sazón recubierta de rosales floridos, asomaba una linda cabecita. Tenía los ojos color de uva y el cabello castaño y unos dientes como almendras tiernas; el cambiante espectáculo del mar la tenía como arrobada y su oído atento parecía esforzarse en recoger la armonía de la canción de las olas y la de las copas de los pinos, sonoras como cajas de música y con reminiscencias de flauta de siete cañizos.

Adiviné quién era la soñadora de la glorieta y al llegar al pueblo se confirmó plenamente mi sospecha. Florinda, la condesita de Fontalba, había llegado aquella tarde con su abuelita. Una humilde herencia les había permitido saldar algunas de sus deudas y doña Gertrudis - que así se llamaba la anciana - puso gran empeño en lograr que nuevamente les fuese adjudicada aquella su casa solariega llena de familiares recuerdos y solar de pasadas grandezas.

La nobleza de los Fontalba databa de luengos siglos, de lo que eran testimonio los oscuros retratos, que adornaban las enmohecidas paredes del gran salón, representando rancios caballeros de almidonada gorguera y espada al cinto, abates mitrados y bellas damas de tez nacarada ostentando recios collares de perlas.

Los viejos marinos de blancas barbas de chivo y rasurado el bigote, que vestían blusa corta y anchos pantalones y tocaban su venerable cabeza con gorritas adornadas con trencilla multicolor, fueron los

primeros en acercarse a la señorial mansión para ofrecer a la venerable condesa el testimonio de su afecto cordial. Los viejos lobos recordaban la munificencia de los señores de Fontalba y agradecían los sacrificios que antaño hicieran por la prosperidad del humilde pueblo pescador.

Antón, el centenario Antón, se presentó al frente de sus hijos y nietos y fué el encargado de la salutación de bienvenida que les daba el pueblo.

La noche de la llegada fué como un día de peregrinación al santuario. Aquellas gentes afables, francas y sencillas quisieron exteriorizar abiertamente sus nobles sentimientos y colmaron de presentes a las recién llegadas.

Doña Gertrudis lloraba conmovida; Florinda conversaba sonriente con los rudos marineros y Felisa, la antigua sirvienta, les daba palmaditas en los hombros recios y los acompañaba - charlando por los codos - hasta el barrio del jardín.

* * *

Antón, el viejo lobo de mar, daba la última mano al calafateo de una lancha, esbelta y llena de gracia, que había construido para Juan, el mayor de sus nietos.

Era al amanecer de un suave día de primavera, impregnado de la salada fragancia y de todos los olores que daban los pinos, los naranjos y los rosales. Juan descargaba el botín, multicolor y coleante, con que Dios había bendecido su trabajo de una noche. Y el abuelo le llamó con aquella su voz reposada y serena:

- ¡Juan, Juan!
- ¿Qué quiere el abuelo?
- ¿A qué no adivinas en que estaba pensando?
- No sé...
- En que hemos de bautizar la lancha. Y no ha

mucho que me dije, digo: la podríamos llamar *Florinda* y ofrecerla a la condesita.

El mozo hercúleo, de brazos poderosos y ancho tórax, que acababa de salir del mar, oloroso como su barca, se ruborizó y dijo con voz velada por la emoción:

— Sí, abuelo, sí; que se llame *Florinda* y que sea de la señorita. ¡De mil amores, abuelo! Para mí, como si se la ofrecierais a la Virgen del Mar. ¡Es tan hermosa!

* *

Florinda, recostada en la popa, lanzaba al aire sus canciones. Juan, silencioso, como si llevase un tesoro a bordo, remaba incansable.

En los días de gran calma, cuando el mar parece de cristal, Florinda obligaba a Juan a abandonar los remos y melosamente le narraba la aventura de la Princesa encantada. Juan permanecía absorto. En la Princesa encantada, el joven marino, veía a Florinda y por eso cuando al final venía el Príncipe de ensueño montado en su caballo blanco a libertar a la Princesa para hacerla su esposa, el bueno de Juan movía la cabeza de un lado para otro y con una voz que no se sabía si estaba impregnada de risa o de llanto, exclamaba invariablemente:

— Sí; pero ya no hay príncipes conquistadores ni princesas encantadas... Son cuentos, todo esto son cuentos.

Y Florinda soltaba el cascabeleo de su risa.

* *

En una clara mañana de otoño, los pescadores, desde la playa, comentaban vivamente la llegada de un extraño buque. Era un yate pintado de blanco. Pronto le vieron detenerse y vieron asimismo avanzar tres lanchas con bandera estrellada.

Llegaron a tierra los tripulantes del buque fantástico. Eran unos mozos esbeltos y fuertes y hablaban un lenguaje incomprensible.

Antón, para salir de dudas, fué a avisar a la linda condesita.

«Señorita Florinda habla muchas lenguas, se decía; no sería nada extraño que lograra entenderlos.»

Llegó Florinda. Un joven alto y rubio, de ojos azules y rostro aniñado, se adelantó a saludarla.

Ante la estupefacción de los pobres marineros, la condesita habló en la misma extraña lengua de los tripulantes del yate.

Luego se supo que el dueño de la embarcación era el primogénito de un millonario yanqui que viajaba en su yate de recreo con el solo afán de visitar países desconocidos.

* *

Durante aquel invierno el yate de la bandera estrellada visitaba a menudo aquella playa. Su dueño se sentaba a la mesa de los Fontalba y paseaba por el pueblo al lado de la condesita Florinda.

Se concertó la boda. Florinda se casaba con Mr. Arnolds. El acontecimiento no se hizo esperar.

Aquella tarde de invierno en que partió el yate, para siempre, llevando a bordo a la condesita, todo el pueblo se trasladó a la playa para despedirla.

El yate blanco iba a perderse en el horizonte y entonces todo el pueblo pudo ver al bueno de Juan que abriéndose paso entre el compacto grupo gritaba:

— ¡El príncipe de ensueño! ¡Se nos lleva la princesa!

Y varando su lancha *Florinda*, se puso a remar

desaparecen barridos por la metralla regimientos enteros y dondè el soldado ni siquiera tiene nombre, por decirlo así, sino que es simplemente un número perdido entre otros infinitos números semejantes?

Y aun los mismos actos heroicos han de pasar punto menos que inadvertidos cuando de proezas individuales se trata; sólo el heroísmo colectivo es, por regla general, debidamente apreciado, y así los héroes anónimos en estas luchas modernas son legión y únicamente en casos muy excepcionales alguno de ellos logra el merecido elogio y la debida recompensa.

Valiéndonos de términos artísticos, diremos que la composición es en conjunto demasiado grandiosa para que el espectador pueda apreciar y dar todo su valor a los detalles.

Y, sin embargo, el caso aislado a veces llega a imponerse, merced a haber concurrido en él especiales circunstancias; y cuando esto sucede la nota suelta se nos presenta con intenso relieve, con un vigor superior a cuanto la imaginación pudiera concebir, como si en aquella nota y en aquel caso se condensasen y compendiasen todos los horrores, todas las heroicidades de otros mil casos análogos que permanecieron envueltos en el misterio.

Tal es el hecho que el señor Martí Cabot ha tomado como asunto para su interesante composición.

Trabóse la batalla; por ambas partes combatióse encarnizadamente; cada palmo de avance costó millares de vidas. Cayeron compañías, batallones, regimientos casi en masa, y los huecos que estas bajas produjeron en cada ejército cubriéronse inmediatamente con nuevos contingentes que no tardaron en ser diezmados. La matanza fué horrible y al terminar la batalla y después de recogidos los heridos de cada parte, quedó el campo cubierto de cadáveres. Alguno, sin embargo, quedó aún con vida: un soldado herido de tanta gravedad que allí fué dejado por muerto. Pasó tiempo, ¿cuánto? ¡Quién lo sabe! El soldado al fin volvió en sí y al despertar de su letargo, conservando acaso en su mente la última visión que hiriera sus ojos antes de caer herido, incorporóse buscando ansiosamente a los suyos en espera de que le socorriesen. Pero la lucha había cesado;

al fragor del combate había sucedido un sepulcral silencio, y el desdichado, al pasear su mirada en torno suyo, sólo vió montones de cadáveres y revoloteando sobre éstos bandadas de cuervos, que se lanzaban voraces sobre aquellos cuerpos inanimados. La impresión que experimentó fué horrible; sintióse muerto antes de estarlo y le pareció que las aves siniestras cebábanse ya en sus carnes. Gritó, demandando auxilio; mas nadie acudió a sus voces, y exaltado por la fiebre, vencido por el espanto, no pudo su razón resistir aquel choque, y se volvió loco.

Después de cada guerra ingresa en los manicomios un buen número de militares locos. La impresión de escenas inenarrables perturba el cerebro de muchos y son necesarios un gran equilibrio físico y un vigor moral excelente para que al choque de tan violentas emociones no se descomponga el sistema nervioso. Millones de hombres están sometidos a tan duras pruebas en estos momentos. Y estos hombres no son solamente jóvenes, cuyos pocos años favorecen la inconsciencia necesaria para soportar fatigas y peligros; sino que son, en mucha parte, hombres de edad mediana que plantearon ya en la vida los problemas de la familia y del hogar.



Orfeo y Euridice,

cuadro de Anselmo Feuerbach, que figura en el Museo de Folkwang, de Hagen (Alemania)

furiosamente en dirección al yate blanco con una inútil y dolorosa persistencia.

LOS HORRORES DE LA GUERRA

(Véase la lámina de la página siguiente.)

Nuestro estimado colaborador, el distinguido dibujante Sr. Martí Cabot, en la composición que reproducimos en la página siguiente, ha representado una escena espantosa inspirada en el relato hecho por un periódico francés de un suceso acaecido durante la guerra que actualmente hállase encendida entre las principales potencias de Europa y en la que sucumben las víctimas a millares.

En medio de las inmensas y horribles hecatombes, no suele darse valor a los episodios; ante las enormes matanzas que en los campos de batalla ocurren, el hecho aislado, individual, pierde toda importancia. ¿Qué es la vida de un hombre cuando el número de muertos alcanza proporciones que infunden pavor aun al ánimo más esforzado? ¿Qué interés puede ofrecer la suerte de un individuo allí donde



LOS HORRORES DE LA GUERRA - UN HERIDO ABANDONADO, dibujo de N. Martí Cabot

LA GUERRA EUROPEA



La guerra europea. En Burdeos
Grupo de soldados argelinos

Podríamos encabezar esta crónica reproduciendo textualmente los primeros párrafos de la última: reñidos y continuados combates, pero ni una sola acción de importancia decisiva. Siguen los alemanes atacando en unos sitios y resistiendo en otros; y continúan asimismo los aliados resistiendo y atacando. Y mientras los unos realizan pequeños avances por una parte, los otros hacen progresos lentos por otra; y las dos extensísimas líneas que desde hace semanas se hallan frente a frente y se extienden desde Nieuport, cerca de la costa del Mar del Norte, hasta más arriba de Nancy, en las proximidades de la frontera alemana, formando un ángulo recto cuyo vértice está en Lassigny, se mantienen casi sin variación alguna perceptible.

Lo único que varía son los puntos en donde



En Bruselas. - Pastor protestante celebrando los oficios divinos en el patio del gobierno militar.

Más clara se presenta la situación en el teatro oriental de la guerra. Prescindiendo de algunas noticias contradictorias y de ciertos triunfos que se atribuyen los austriacos, el hecho es que los alemanes han tenido que retroceder hacia la Prusia oriental ante el empuje de los rusos y que éstos han logrado penetrar en territorio alemán atravesando el río Wartha y destruyendo una línea férrea. De las mismas noticias de procedencia alemana se desprende la verdad del avance moscovita y el propósito de los alemanes de mantenerse por ahora a la defensiva por aquella parte. Mayores son aún las victorias conseguidas por los rusos hacia el lado de Polonia, en donde los austro-alemanes desde Varsovia a Ivangorod, en donde estaban hace poco, han tenido que retirarse a las inmediaciones del Wartha, retrocediendo, por consiguiente, unos 150 kilómetros. Y más hacia abajo hanse visto alemanes y austriacos obligados a repasar el San después de evacuar las plazas de Yaroslav y Przeworsk, perdiendo en esta retirada numerosos muertos, heridos y prisioneros, y gran número de cañones.



Zuavos preparando el café después de un combate. (De fotografías de Vidal, Berliner Illustrations-Gesellschaft y Branger.)



El intruso, dibujo de Luciano Jonás

Alojar al odiado invasor, ¡qué terrible martirio para las mujeres francesas de las regiones ocupadas por los alemanes! ; Cuántos y cuántos hogares en Francia y en Bélgica han tenido que soportar aflicción tan cruel! Mientras los hombres luchan en el campo de batalla, las madres, las esposas, los hijos han de acoger al enemigo y ahogando el llanto que a sus ojos asoma y conteniendo el odio que de sus corazones rebosa, han de presenciar cómo el aborrecido adversario ocupa el puesto del ser querido ausente, que quizás en aquellos mismos instantes cae herido de muerte, fijo su último pensamiento en los que quedaron allá sin amparo y en la casita que ahora mancha con su presencia el intruso.

Más propicia se muestra la fortuna con los austriacos en su lucha con los serbios y los montenegrinos. Cierta que estos últimos se atribuyen algunos éxitos afirmando que avanzan por la Herzegovina y que se han apoderado de algunas poblaciones importantes; y que los serbios, a su vez, dicen haber rechazado violentos y repetidos ataques de los austriacos; pero éstos, al paso que niegan aquellas victorias, aseguran, sin que sus aseveraciones hayan sido desmentidas, que han derrotado a serbios y montenegrinos en Visegrad y Gorazda, obligándolos a repasar la frontera, y en el Drina inferior, y que han emprendido una vigorosa ofensiva por el Save, obligando al segundo ejército serbio a retirarse precipitadamente, después de haber abandonado numerosos prisioneros y trenes de equipaje.

Como era de suponer, a la ruptura de relaciones diplomáticas han seguido las declaraciones de guerra de Rusia, Francia, Inglaterra y Servia contra Turquía. Inglaterra, además, ha declarado que se anexiona la isla de Chipre.

Rotas las hostilidades, los rusos han derrotado a los turcos en el Asia Me-

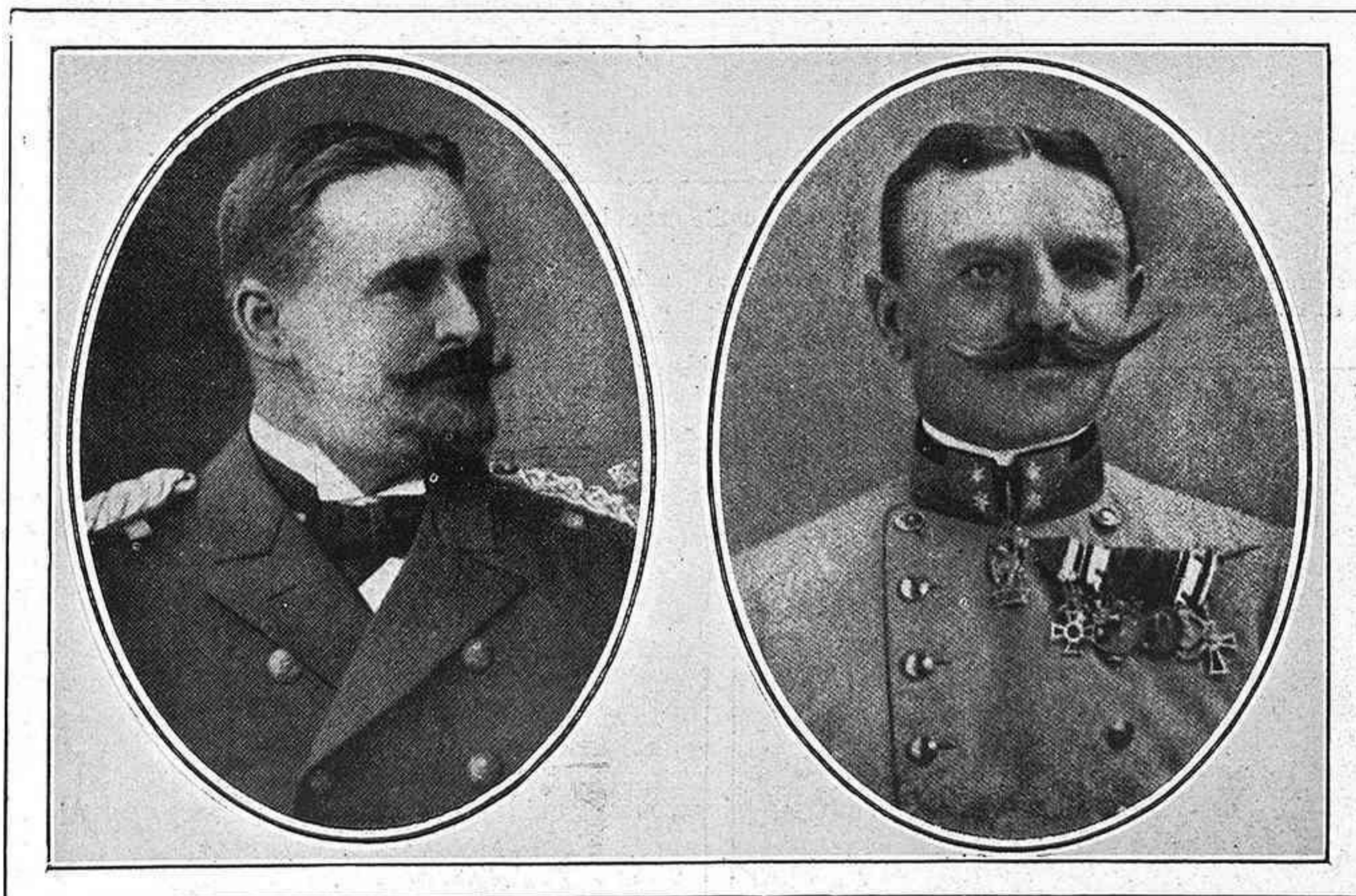
dia, ayudadas por las fuerzas navales, han ocupado la ciudad de Tao, en la Turquía asiática, situada en la desembocadura del Chat-el-Árab (Tigris y Eufrates reunidos), en el golfo Pérsico.

Después de resistir heroicamente durante dos me-

se componía de unos 5.000 hombres, capituló el día 7, después de sostener un terrible asalto durante la noche anterior; el gobernador de la misma, capitán Meyer Waldeck, resultó herido.

En aguas del Pacífico, cerca de la isla de Santa

María y frente a las costas de Chile, se libró en la noche del 1.º de este mes un importante combate naval entre los buques de guerra alemanes *Scharnhorst*, *Gneisenau*, *Leipzig*, *Dresden* y *Nuremberg*, y los ingleses *Good Hope*, *Monmouth*, *Glasgow* y *Otranto*. El *Good Hope*, crucero de 14.000 toneladas, sufrió tales averías, que hubo de abandonar el lugar de la batalla protegido por la obscuridad; pero habiéndose producido en él una explosión, se hundió, ahogándose el almirante Cradock que mandaba la división naval británica y 900 tripulantes. El *Monmouth* trató de escapar, pero perseguido por uno de los cruceros alemanes, fué alcanzado por algunos proyectiles, yéndose a pique. El *Glasgow* y el *Otranto* lograron escapar sin haber sufrido grandes daños. Los barcos alemanes sufrieron muy pequeñas averías y no tuvieron más que dos hombres he-



El capitán alemán Meyer Waldeck, comandante de la plaza de Tsing-Tao que se ha rendido después de haber resistido heroicamente un sitio de dos meses. (De fotografía.)

El feldmariscal austriaco von Kusmanek, comandante de la plaza de Przemysl que resistió durante tres semanas un riguroso asedio de los rusos, que al fin hubieron de levantar el sitio. (De fotografía.)

nor y han invadido el territorio turco por la frontera del Cáucaso, apoderándose de varias poblaciones y de muchos prisioneros y poniendo en fuga al ejército otomano. Por su parte, según comunicación del Almirantazgo inglés, las fuerzas militares de la In-

ses los ataques de la escuadra y del ejército japoneses, se ha rendido la plaza de Tsing-Tao, capital del territorio de Kiao-Chao que Alemania posee en China y donde había llegado a establecer un tráfico comercial muy importante. La plaza, cuya guarnición

ridos ligeramente. Con posterioridad se han recibido noticias de Australia diciendo que los cruceros *Gneisenau* y *Scharnhorst* han sido capturados.

La escuadra turca del Mar Negro intentó el bom-

(Continúa en la página 758.)

LA GUERRA EUROPEA

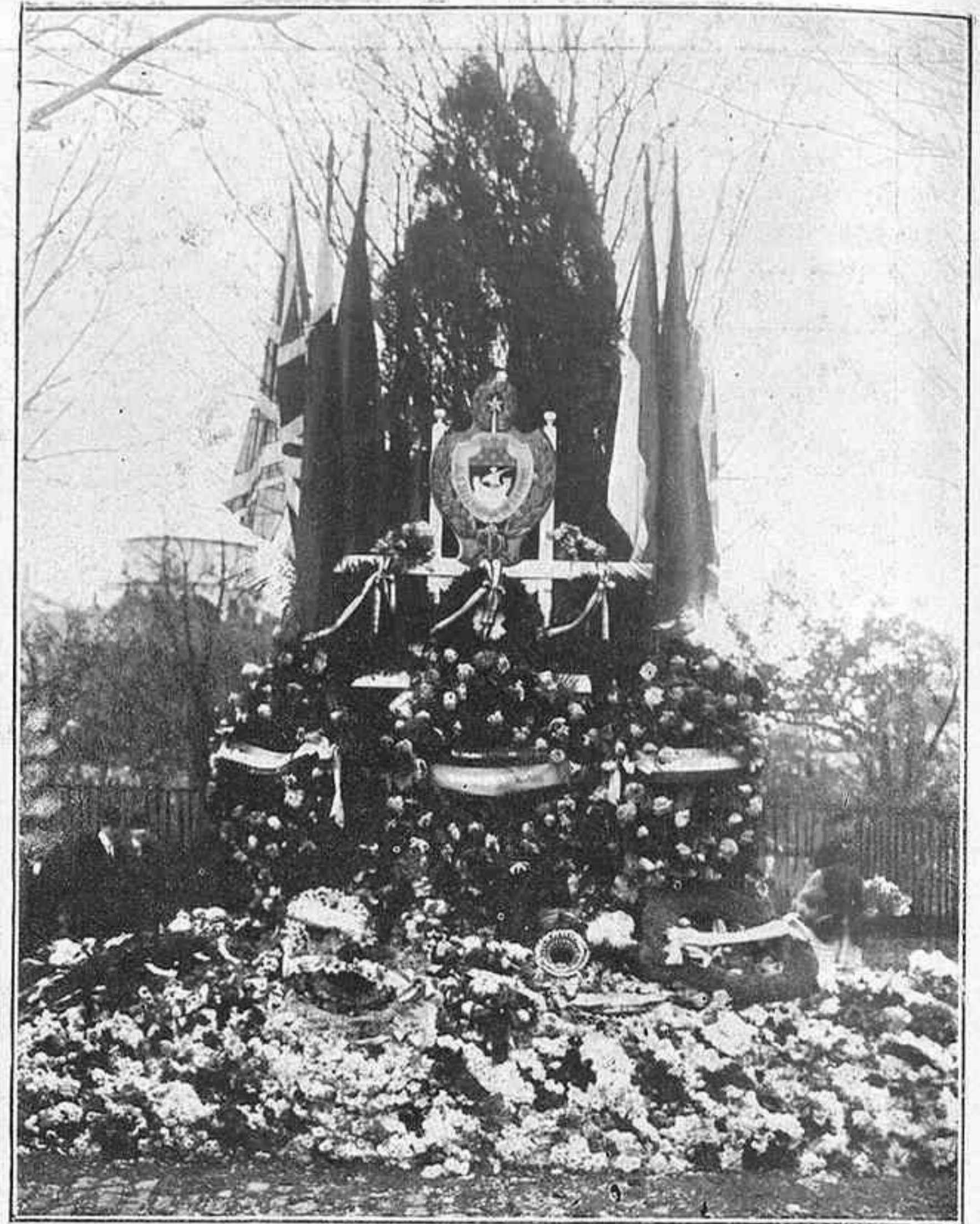
En el cementerio de Pantin, en las inmediaciones de París, hay enterrados muchos soldados que en la actual guerra han dado su vida por la patria. En el centro de la avenida en donde están situadas estas tumbas, se ha erigido una especie de monumento provisional formado por una pirámide de tablas que rodea un ciprés y que está adornado con flores, escudos y banderas.

El diario parisense *Le Figaro* ha dedicado a la Conmemoración de los Difuntos en el presente año un sentido artículo del cual traducimos los siguientes párrafos:

«El campo en donde nuestros soldados reposan seméjase al campo del honor y está deslindado como para



El día de Difuntos en París. En el cementerio de Pantin. - Damas depositando flores sobre las tumbas de los soldados muertos por la patria



Monumento provisional erigido a la memoria de los soldados muertos por su patria. (Fotografías de Rol y Branger.)

un nuevo torneo. En el cuadrado de tierra que limitan el seto y los árboles empavesados con cintas tricolores y guirnalda de hiedra, los aliados están también enfrente de los alemanes, separados únicamente por fosos excavados de noche, como trincheras. Cada tumba está alineada en intervalos regulares y apenas si las cruces que las defienden tienen en la hilera la ondulación de los fusiles en los hombros de una tropa en marcha.

»El día de Difuntos, desfila la muchedumbre depositando tantas flores que se cree ver, a fuerza de homenajes, que las tumbas se elevan sobre el suelo y los muertos resucitan como en nuestras viejas leyendas.

»Los hombres pasan lentamente con la frente inclinada y los ojos fijos; a veces levantan la cabeza y miran al cielo. Se estremecen porque suceden las salvas detrás de las tapias del cementerio y después de las salvas la crepitación de los fusiles: son los reclutas que hacen ejercicios en los glaciais del fuerte de Montrouge; sus cartuchos sin bala llaman a la guerra y a la muerte y recuerdan el *hodie mihi, cras tibi*, que leíamos en el reloj de sol de nuestros viejos campañeros destruídos por los obuses.

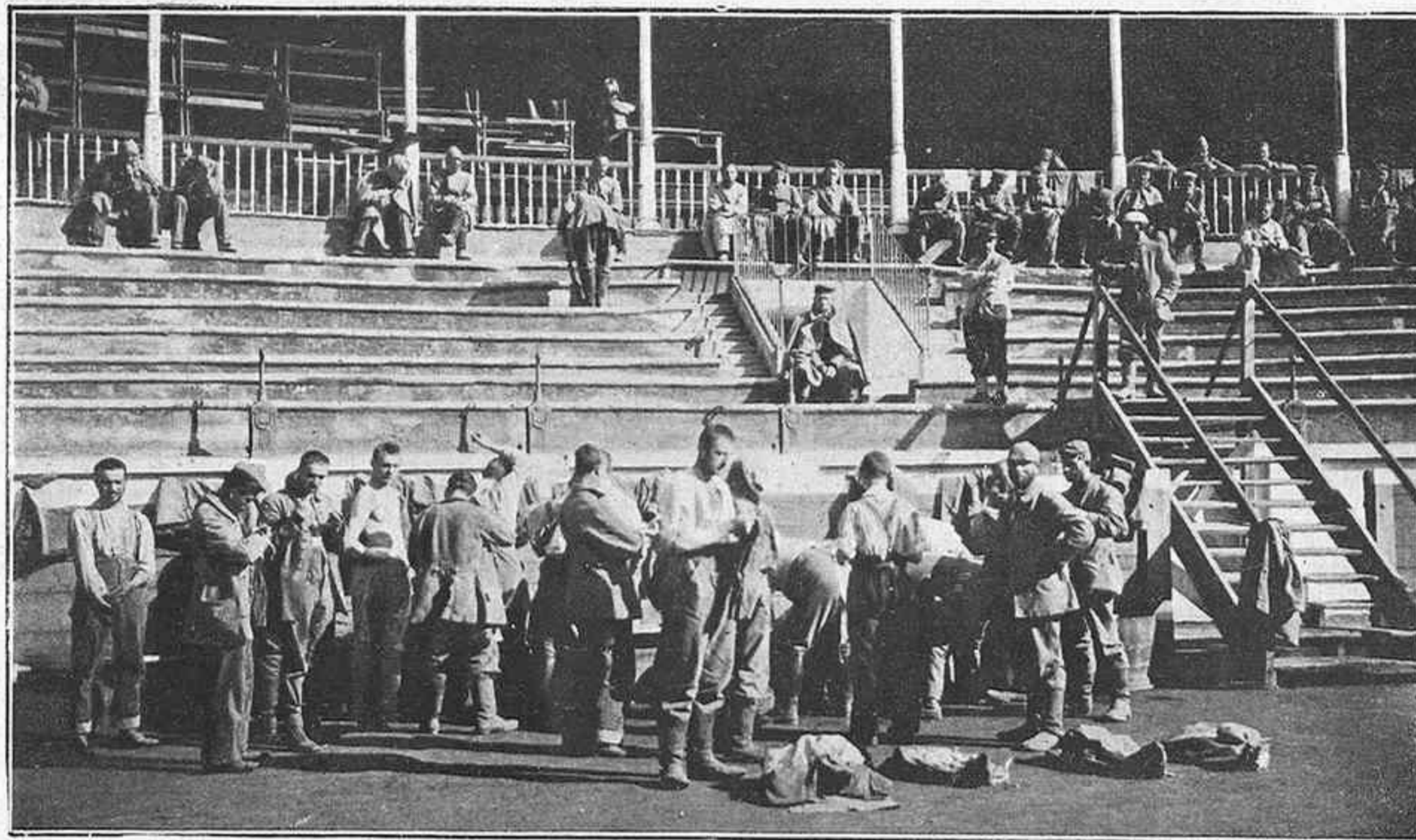
»Las mujeres andan como en la habitación de un enfermo, con paso tímido y respetuoso, y se detienen para leer los epitafios escritos sobre las cruces negras: «Veintidós años!; Veinticinco años!; Treinta años!» Y al prorumpir en estas exclamaciones, su voz tiene una dulzura mater-

nal. No se deciden a alejarse. «¡Era tan joven!» dicen. Pero la multitud las empuja y se retiran, volviendo la cabeza de cuando en cuando. Y a veces una de ellas se baja, recoge un ramo que se ha deslizado de una tumba recargada de ramilletes y vacila, buscando, escogiendo «el pobrecito que tiene menos flores».

»Al otro extremo, una doble hilera de cruces negras señala los sitios en donde descansan soldados alemanes. La multitud pasa por allí más de prisa; no gusta de leer aquellos nombres que tienen un sonido enemigo, que bastan para evocar visiones y recuerdos. Sobre las tumbas, algunas flores, pero flores que no han sido depositadas con un gesto que parece encender una mariposa o bordar un tapiz, sino flores que han caído. Siempre son esos humildes crisantemos blancos que tienen el fondo amarillo; hay también dalias que forman como manchas de sangre.

»En la avenida la pirámide empavesada que rodea el ciprés se transforma cada cuarto de hora bajo los ramos que la muchedumbre aporta. Este monumento no ofrece ya el aspecto de tribuna al aire libre; es un inmenso y doloroso mazo florido, una columna de iglesia cubierta de *exvotos*.

»En las puertas de los cementerios, como en las de las iglesias y de los templos, la amistad fraterna acentuaba en aquel día consagrado a la muerte.»



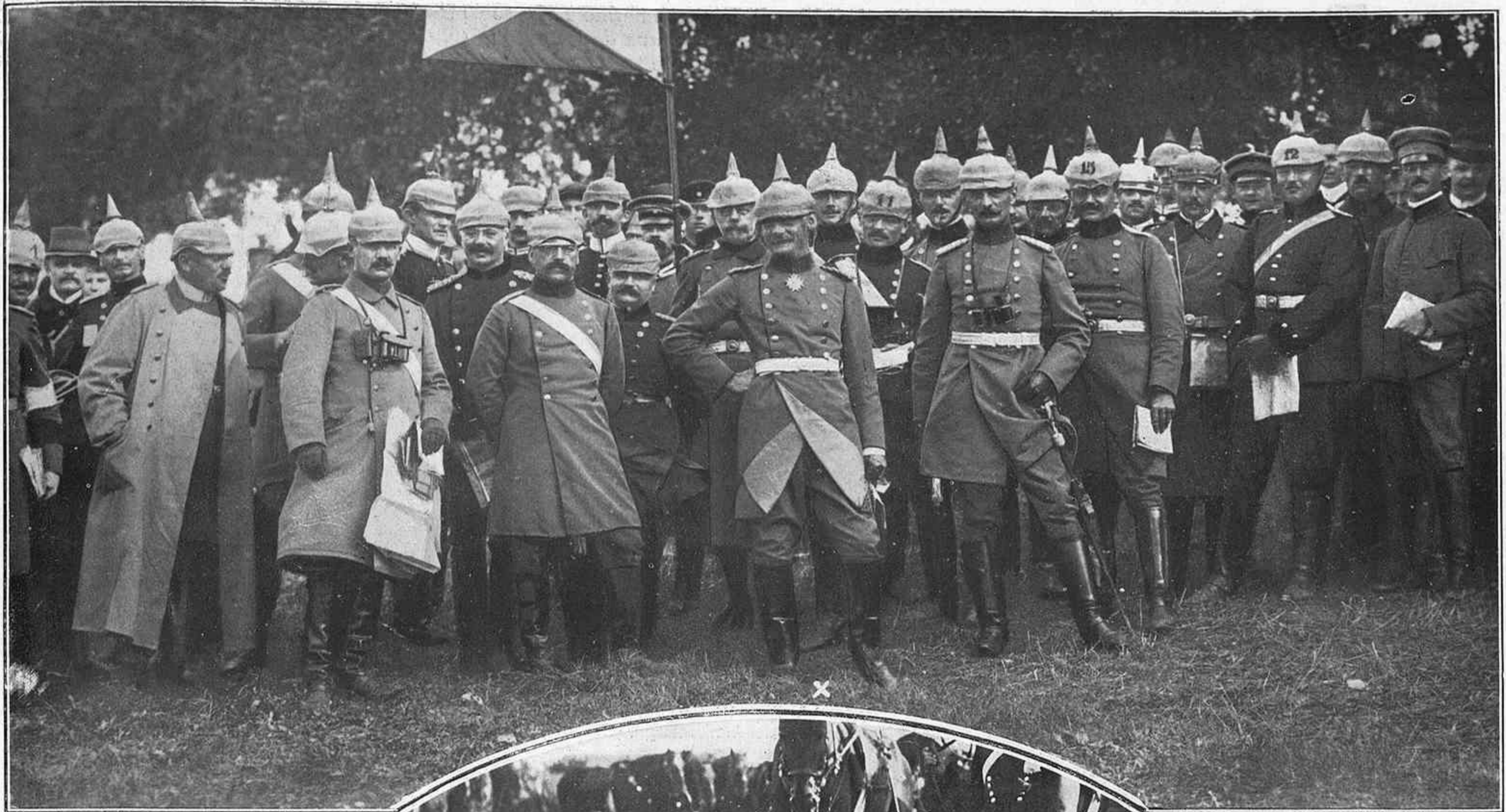
En Mont-de-Marsán. - Prisioneros alemanes haciendo su *toilette* en la plaza de toros



Heridos franceses recién llegados del campo de batalla coniendo en la estación de Mont-de-Marsán, servidos por Damas de la Cruz Roja francesas



Un gigante tirador argelino esperando en la estación de Mont-de-Marsán el tren que ha de conducirlo al teatro de la guerra. (Fot. de nuestro enviado especial Sr. Vidal.)



La guerra europea. Los altos mandos alemanes. - El príncipe heredero de Baviera (x), general en jefe del ejército bávaro que opera en la región frontera del Este de Francia, rodeado de su Estado Mayor en el teatro de operaciones. - El príncipe heredero Federico Guillermo de Alemania (x), general en jefe del ejército que opera en el Este de Francia. - El general von Kluck (en el automóvil), general en jefe del ala derecha alemana en el momento de la invasión de Francia y hasta después de la batalla del Marne y del que se dijo equivocadamente que había muerto. (De fotografías de Oscar Tellgmann y Chusseau-Flaviens.)

bardeo de Sebastopol consiguiendo incendiar algunos edificios, pero cañoneada por los fuertes de la plaza hubo de retirarse.

Según noticias de procedencia alemana, se ha librado posteriormente en el Mar Negro un importante combate naval en el que la escuadra turca ha echado a pique siete buques rusos, entre ellos un acorazado. El resto de la escuadra rusa huyó refugiándose en la desembocadura del Danubio.

Una escuadra anglofrancesa bombardeó el día 3 los fuertes de los Dardanelos, según parece sin éxito

secución y uno de los cuales, el submarino *D. 5*, se fué a pique por haber chocado con una de las minas que los alemanes colocaron durante su retirada.

presencia de cruceros en continua vigilancia y busca, de día y de noche, de embarcaciones sospechosas, e indica la ruta que habrán de seguir en lo sucesivo para evitarlos.

Según parece, el gobierno portugués ha aplazado definitivamente la movilización de tropas para el envío de un cuerpo expedicionario a las filas de los



El general alemán Liman von Sanders, generalísimo del ejército turco. (De fotografía.)

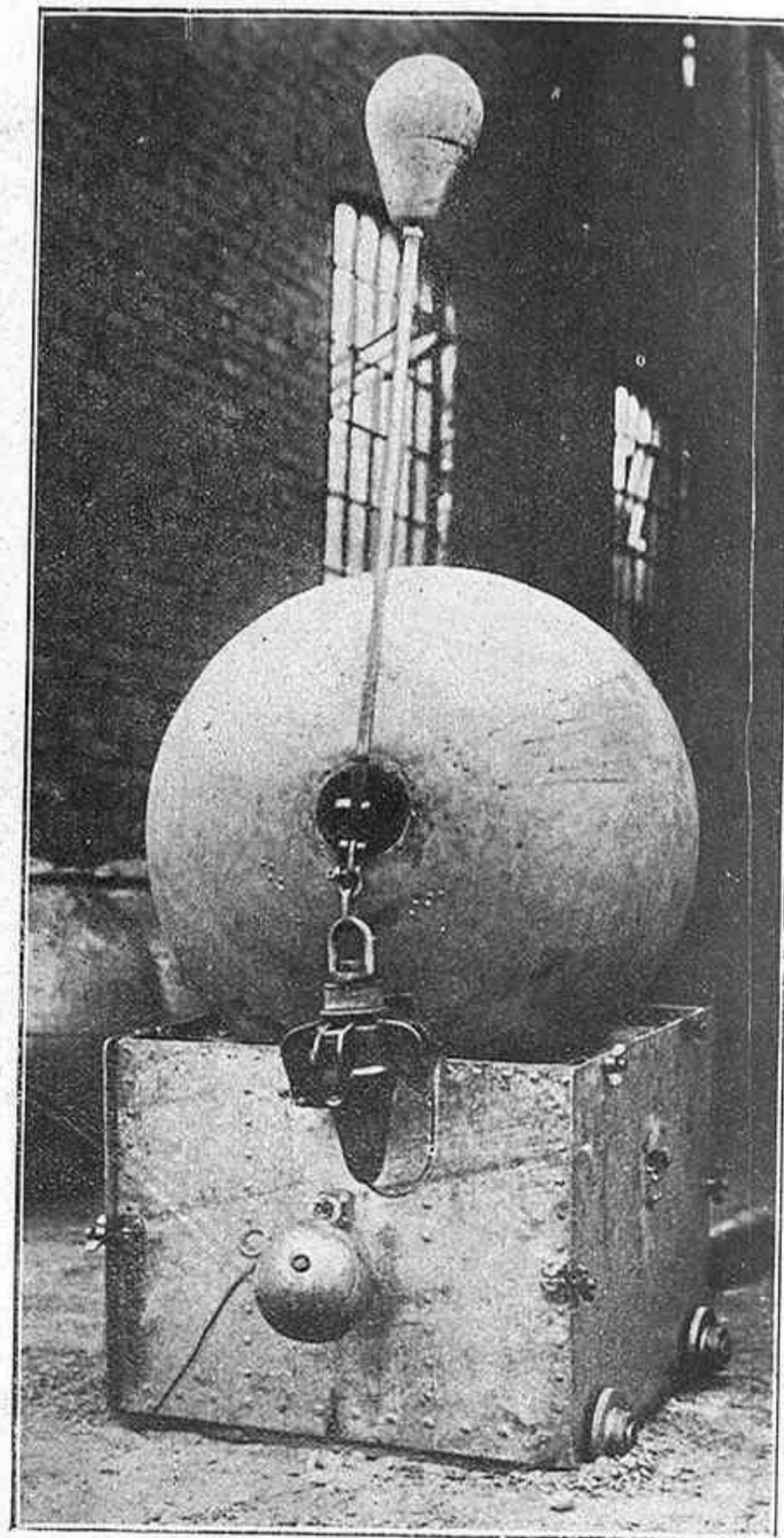


El almirante inglés lord Fisher de Kilverstone, que ha sucedido al príncipe Luis de Battenberg en el alto puesto de primer lord del Almirantazgo. (De fotografía.)

A consecuencia de haber chocado con una mina, en aguas de Wilhelmshaven, se ha hundido el crucero alemán *York*, de 9.530 toneladas, botado al agua en 1905, habiendo perecido casi la mitad de la tripulación que se componía de 700 hombres.

Un buque de guerra turco ha echado a pique cerca de Sebastopol al barco de guerra ruso *Gran Duque Alejandro*.

El Almirantazgo británico, en vista de las numerosas minas esparcidas por los alemanes en alta mar, en la ruta del comercio de América a Liverpool, vía Norte de Irlanda, minas que no pueden haber sido colocadas por ningún buque de guerra alemán y deben haberlo sido por algún buque mercante navegando con bandera neutral; y teniendo en cuenta los grandes intereses confiados a la marina británica para conservar la seguridad del comercio pacífico en alta mar y mantener dentro de los límites de las leyes internacionales el comercio entre países neutrales, ha declarado que considera necesario tomar medidas excepcionales y en su consecuencia avisa que todo el Mar del Norte ha de ser considerado como zona militar, señala los peligros a que se exponen los buques que navegan por aquellas aguas, por la existencia de minas que ha sido preciso colocar y por la



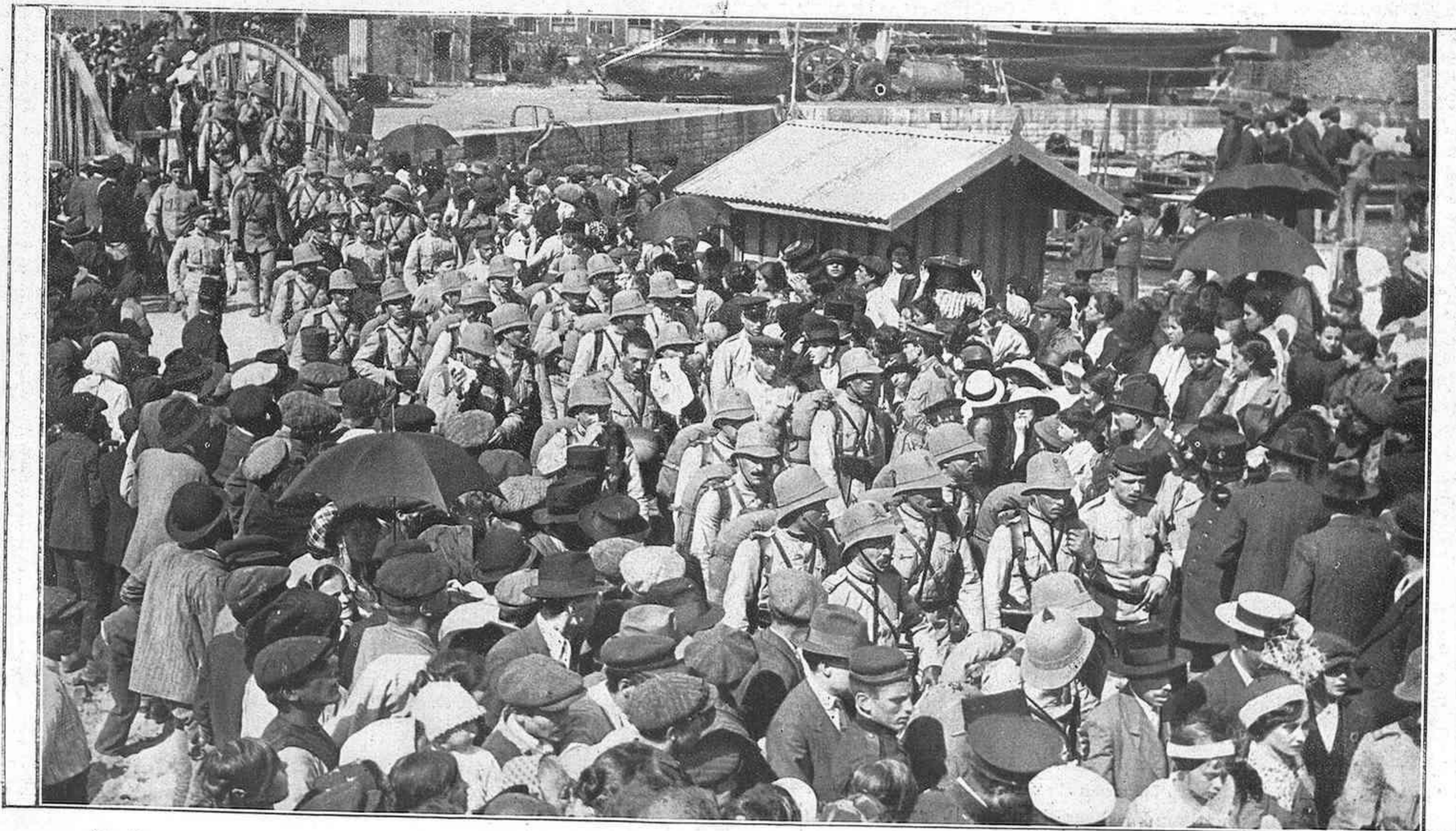
La nueva mina flotante de la flota inglesa. (Fot. Branger.)

alguno. Los fuertes contestaron, pero sus proyectiles no alcanzaron a ninguno de los buques.

Dos destructores ingleses han bombardeado algunas poblaciones de la costa del Asia Menor, y una flota británica ha bombardeado el puerto de Jafa. Además otros destructores ingleses atacaron a varios buques turcos refugiados en Glazomene, habiendo echado a pique un guardacostas.

El día 4 de este mes algunos buques de guerra alemanes bombardearon la costa del litoral inglés de Yarmouth y causaron graves averías al crucero *Albión*, retirándose luego sin haber podido ser alcanzados por los barcos ingleses que salieron en su per-

ejércitos aliados. En cambio, a consecuencia de un conflicto surgido en la colonia de Angola entre alemanes y portugueses, el gobierno ha resuelto reforzar las colonias africanas. Recientemente en Lisboa han embarcado en el vapor *Beira* algunas fuerzas de infantería destinadas a Angola. En el trayecto del cuartel al muelle los soldados fueron entusiastamente aclamados por la multitud. Próximamente se enviarán a Angola y a Mozambique nuevos contingentes de infantería, caballería y artillería.



En Portugal. - Tropas de infantería marchando a embarcarse en el vapor *Beira* para las posesiones portuguesas de Africa. (De fotografía de A. Rato.)

POR CASAR A SU HIJA

NOVELA ORIGINAL DE ENRIQUE GREVILLE. - ILUSTRACIONES DE N. MARTÍ CABOT. (CONTINUACIÓN.)



Catalina retorcese de dolor, con los ojos cerrados, tratando de escapar de la fuerte presión de Ratier...

Un palafrenero lavaba un cupé negro, muy negro, tanto en el interior como en el exterior, y como la tarea de arrojar cubos de agua sobre las ruedas de un coche no es tarea muy absorbente, silbaba, al trabajar, un aire grave que tenía un ritmo de iglesia.

Todo esto sobresaltó algo a la señora Slavsky que no había previsto tanta austeridad. Sin embargo, ya era demasiado tarde para retroceder... Un criado vestido de negro extendió la mano para tomar su tarjeta. La señora acababa de entrar, pero como estaba muy fatigada no sabía si podía recibir.

La encantadora Bárbara fué introducida en un saloncito granate y negro, y dos minutos después el criado volvió y la hizo entrar en otro salón violeta obscuro.

Cerca de la chimenea donde ardía un enorme fuego, la señora de Haupelles, sentada de espaldas a la luz, intentó levantarse para recibir a su antigua amiga; pero su debilidad la retuvo y se dejó caer otra vez en la silla balbuceando una frase de excusa.

La señora Slavsky sentóse en la silla de enfrente; la luz le daba en los ojos, pero muy atenuada a cau-

sa de las muchas cortinas que había en la estancia.

Durante las primeras frases de cortesía trivial, Bárbara sintió en su rostro la mirada escrutadora de su amiga, y aquel examen minucioso que ella a su vez no podía hacer, pues no la distinguía más que como una mancha gris sobre aquel fondo tan negro, hízola estremecer levemente de pies a cabeza, pues veíase inspeccionada hasta en lo más íntimo de su ser.

Cuando la hubo mirado bien la señora de Haupelles dijo a su antigua amiga:

- Usted siempre tan hermosa, mi querida Bárba-

ra, mientras que yo casi no soy más que una ruina. ¡Cúmplase la voluntad de Dios!

— He venido a verla, dijo la señora Slavsky, con una leve emoción en la voz, porque usted ha sido siempre buena para mí y porque hemos sido amigas. He creído, en la aflicción que en estos momentos me apesadumbra, que usted podría prestarme un gran servicio; ya ve usted que le hablo sinceramente, y mi venida no tiene otro objeto que el pedirle ese servicio.

Los ojos apagados y mortecinos de la señora de Haupelles se fijaron en Bárbara, volviéndolos a bajar con cansancio y tristeza. Quizá pensó que su antigua compañera de fiestas y placeres venía a verla impulsada nada más que por su afecto y los recuerdos de lo pasado, al mismo tiempo que por piedad hacia el gran infortunio que había destruido su vida. Pero vio que su creencia no era más que una ilusión y resignada se dispuso a escuchar la confidencia que Bárbara iba a hacerle.

La señora Slavsky empezó entonces el relato de sus infortunios. Su amiga sabía lo desgraciada que había sido en su matrimonio y qué ser tan grosero y deplorable era el Sr. Slavsky. No vivía más que para la caza y la gula, y, muy gustoso con llevar la vida del campo, no quería salir de ella por nada de este mundo, ni aun a instancias de su mujer. Por último, aquella vida tan arrastrada y tan miserable, de continua tirantez y de eternas disputas, terminó en el divorcio, siendo el único y verdadero culpable el señor Slavsky.

— El se dejó echar toda la culpa, interrumpió la señora de Haupelles.

— La tenía, replicó Bárbara que sintió que la sangre le afluyó al rostro como si acabase de recibir una bofetada.

— Tenía la culpa y no la tenía, repuso tranquilamente aquella mujer retirada ya del mundo. Ya sabe usted que le conocía mucho, Bárbara... En aquella época usted y yo estábamos siempre juntas... Continúe usted.

La señora Slavsky contó a su confidente que al ser su hija mujer, su padre había rehusado admitirla a su lado con el pretexto de que sería un gran estorbo para él.

— Y decía la verdad, porque con la vida que lleva en el campo con los amigos que tiene, mi hija hubiese recibido muy malos ejemplos.

La madre de Katia tuvo que bajar la cabeza ante la mirada escrutadora de su amiga; pero muy pronto recobró su habitual aplomo. Katia hasta entonces no había logrado casarse. Dijérase realmente que a la pobre muchacha le habían hecho mal de ojo. Tenía veinte años y a pesar de su belleza, de su gracia e ingenio y de su conducta irreprochable no hallaba marido. Todo deshaciase, se derrumbaba durante los preparativos indispensables.

Al llegar aquí la señora Slavsky se calló.

— ¿Ha sabido usted preservar a su hija de los peligros del mundo?, dijo la señora de Haupelles.

— ¡Le juro a usted, replicó vivamente la señora Slavsky, que Catalina es inocente como una niña!; es traviesa de espíritu, pero no puede echarse nada en cara.

El acento de Bárbara era tan sincero que la señora de Haupelles comprendió que su amiga le decía la verdad.

— ¿Sigue usted siendo amiga del coronel Marievitch?, preguntó sin que se alterase el timbre de su voz al hacerle aquella escabrosa pregunta.

— Sí..., repuso la señora Slavsky desconcertada ante aquel ataque tan directo.

— Pues no dude usted entonces que ése es el obstáculo que impide a usted el casar a su hija.

— ¡Oh!, protestó Bárbara.

Su amiga, interrumpiéndola, le dijo con cierta severidad.

— Hay que evitar siempre las hablillas de la gente, aun cuando éstas sean injustas. ¿No dice usted que Katia es bonita?

— ¡Muy bonita!, aunque ya sabe usted que una madre...

— ¡Pobrecilla!, interrumpió la señora de Haupelles con un acento de profunda conmiseración. Quizá de la vida frívola y demasiado mundana que usted lleva, proceden las objeciones, las rupturas.

— ¡Por Dios, Blanca!, exclamó la señora Slavsky; pero su amiga no necesitaba de sus justificaciones.

— Todavía es usted hermosa, ya se lo dije al verla entrar, y eso excusa en cierto modo la vida superficial que lleva usted; pero eso no durará mucho tiempo. ¿No cree usted que su ligereza y frivolidad puedan perjudicar a su hija?

— Yo creo que...

— Dice usted que es inteligente... Entonces sabrá a qué atenerse. ¿De qué viven ustedes?

— El Sr. Slavsky nos pasa una pensión de veinticuatro mil francos anuales.

— Y gasta usted ochenta mil, porque es usted jugadora, querida, al menos lo era usted antes y ese defecto no se corrige, desgraciadamente, con los años. Sigue usted jugando y el coronel tal vez la ayuda con su bolsa.

— Permítame usted...

— Es una suposición mía... Su hija la quiere a usted probablemente, pues no hay motivo para creer otra cosa; pero estoy segura de que no la estima... ¿Cómo quiere usted que un yerno que no tiene ninguna razón para quererla obre y piense de otra manera?

— ¿Qué debo hacer?, preguntó la señora Slavsky deshecha en lágrimas.

— Escuche usted, dijo por último, usted ha venido por lo visto a suplicarme que busque un marido para su hija. Yo podría excusarme, decirle que no veo a nadie, que mi vida transcurre entre la oración y el remordimiento y no le diría más que la verdad. Sin embargo, en el círculo que frecuento actualmente sé que a veces se ayuda a las madres que se ven apuradas para casar a sus hijas. Yo podría pues prestarle mi apoyo aunque indirectamente. Pero existe un obstáculo para que yo lo haga.

— ¿Cuál es?, preguntó ingenuamente la señora Slavsky.

— ¿Qué dote tiene su hija?

— La mitad de nuestra pensión...; su padre no le quiere dar el capital.

— Doce mil francos de renta ¿los cobran con exactitud?

— Escrupulosa.

— No es una dote muy brillante, pero muchachas más pobres se han casado.

— ¿Entonces me promete usted?

— Veremos, veremos, no prometo nada... Debe usted mostrarse más juiciosa, más prudente... Dejar esa vida frívola que a nada conduce... Sacrifíquese usted por Katia.

— Sí, pero...

— Haga usted caso de lo que le digo... El dolor y la experiencia me han enseñado ¿Será posible que vacile usted tratándose de la dicha de su hija?

— Puesto que es preciso, sea, gimio Bárbara. Es un sacrificio el que usted me impone, pero mi amor maternal...

«No lo haré», pensó la señora de Haupelles.

— Envieme usted a su hija, dijo en voz alta; si es tal como usted me la ha pintado veremos lo que puede hacerse.

La señora Slavsky demostró su gratitud con palabras afectuosas y un aparatoso derrame de lágrimas, sacando a relucir toda la zalamería polonesa con una maestría incomparable. Desdichadamente tenía que habérselas con una mujer que era tan lista como ella.

— Escúcheme usted, dijo la señora de Haupelles, yo no le hablaré a usted ni de remordimientos ni de deberes; las naturalezas como usted no los sienten a menos que no las sacuda y conmueva un golpe espantoso, si es que hay alguno en la vida que ellas consideran como tal... Pero tenga usted mucho cuidado porque envejecerá usted de repente, después de haber prolongado su juventud más tiempo del que debiera, y cuando llegue ese día no encontrará usted los consuelos que yo he encontrado.

Blanca levantóse para despedir a su visitante, y al pasar cerca de una ventana, Bárbara asombróse al notar la alteración del rostro de la señora de Haupelles en un tiempo tan encantador y tan bello.

— ¿Me encuentra usted muy cambiada, no es eso?, preguntó sonriendo débilmente la señora de Haupelles que adivinaba todas las impresiones de Bárbara en su rostro móvil y casi infantil; pues prefiero estar así que no como usted... y eso que no tengo más que dos años más.

— ¿Cómo puede vivir usted en una casa tan triste?, preguntó Bárbara.

— No se puede ser serio y bueno sin parecerlo. Pero créame usted que he sufrido más cuando lucía mis trajes de baile que en esta sombría casa..., ahora al menos disfruto de paz y tranquilidad... Me temo mucho que usted no goce de ellas, Bárbara.

Involuntariamente la señora Slavsky dió a entender con un gesto que eso la tenía sin cuidado; pero acordándose de donde estaba hizo por imprimir a su rostro una expresión apropiada a las circunstancias.

— ¿Entonces me permite usted que le presente a Katia?

— No; mándemela usted. Supongo que tendrá una señorita de compañía.

— Sí, algo semejante.

— Enviemela usted. Prefiero verla sola... No olvide usted que no me he comprometido a nada.

La señora Slavsky suspiró, estrechó varias veces la mano de su antigua amiga, convertida en su protectora, levantó graciosamente la cola de su vestido y salió de la estancia.

Al subir a su cupé vaciló en la dirección que debía dar al cochero. ¿Volvería a su casa o iría a consultar al coronel sobre la resolución que era más conveniente adoptar?... Bárbara se decidió por lo último.

Entretanto Katia había recibido una visita. Ratier escogió aquel día para ir a presentar sus respetos a la señora Slavsky. Quizá se resolvió a subir al ver el cupé en que iba la encantadora Bárbara torcer por la esquina de la calle de Saint Honoré.

En el momento de llamar Ratier, Catalina reñía a la criada en la antecámara. Su voz llegaba clara hasta el joven al través de la endeble y entornada puerta. El campanillazo que dió hizo estremecerse a Catalina que se refugió en el comedor dando a la criada por consigna que no había nadie en la casa.

La criada abrió la puerta y todavía irritada por la filípica que acababa de sufrir, arrojó a Ratier al rostro mal humorada y adusta esta frase:

— No hay nadie.

— Hija mía, dijo Ratier con dignidad, aprende a hablar. Se dice: la señora ha salido. Pero yo no quiero ver a la señora. Traigo una cosa para la señorita. La criada, desconcertada, no supo qué decir.

Indecisa y temerosa de que volvieran a reñirla por no haber obedecido, volvió maquinalmente la cabeza hacia el comedor. Ratier, comprendiendo aquella involuntaria indicación, se dirigió hacia allí.

— ¡Caballero!, dijo la criada.

— No te he dicho que le traigo una cosa... Es urgente.

De pronto abrióse una puerta y Katia apareció en el umbral.

— ¿Qué me trae usted?, preguntó con altivez.

«Veo que el tiempo ha cambiado», pensó Ratier al ver la fría mirada y el rostro desdenoso de Katia. «No importa; se lo diré a pesar suyo.»

Ratier cerró la puerta alejándose todo lo posible para que no pudiera oírle la criada. Katia le siguió hasta el alféizar de la ventana.

— ¿Qué me trae usted?, repitió impaciente.

— Noticias, repuso Ratier tranquilamente.

Aprovechando la estupefacción que esta respuesta produjo a Catalina, le presentó una silla que ella aceptó maquinalmente y sentándose en frente de ella le dijo sin preámbulos.

— ¿Qué le parece a usted, Remiso?

— Caballero, replicó Catalina con mucha dignidad, eso a usted no le importa nada.

— La ruego que me dispense, pero me importa y mucho.

Katia le fulminó una mirada colérica. Pero de pronto su ira trocóse en confusión y bajó los ojos al suelo. El sentimiento de su dignidad censurábala cruelmente por haber dejado entrar a Ratier y no haberle respondido con la dureza a que se había hecho acreedor por su impertinencia. Katia prometióse a sí misma reparar todas esas faltas.

— Mire usted si me importa lo que me acaba de decir que, según la opinión que tenga usted de Remiso, habré hecho bien o mal en inmiscuirme en los asuntos de usted, aunque parece disgustarla, señorita; pero usted comprenderá que a mí no puede serme indiferente el ser un imbécil o no serlo.

— A mí eso me importa muy poco, replicó Catalina altivamente.

— Ese es un modo de hablar muy duro, señorita, repuso Ratier que acababa de recibir en el corazón un golpe más rudo del que se imaginaba estar ya en estado de sentir, y es tanto más duro cuanto que yo no he venido aquí más que para prestarle un servicio, exponiéndome a que su mamá me pusiera a la puerta si llegaba de improviso, y que si me he tomado la libertad de inmiscuirme en sus asuntos, es porque me ha otorgado usted una confianza con la cual no creo que honre usted a cualquiera... a Josia, por ejemplo, y no porque no la merezca, sino porque no sabría aprovecharla. Ni al coronel porque le faltaría tiempo para hacerle traición.

— Dígame usted qué noticias me trae, repuso Katia comprendiendo que Ratier tenía razón y que después de sus anteriores confidencias su reserva actual era muy extraña.

— Es preciso que antes me conteste usted francamente. Señorita Catalina, ¿cree usted que soy su amigo?

Katia miróle tímidamente. Ratier estaba de pie ante ella. En su mirada resuelta y viril creyó hallar lo que hasta entonces la faltaba; una convicción firme, la franqueza de la honradez y la seriedad del hombre que por lo mismo que no engaña quiere ser respetado.

-- Soy un amigo sincero de usted, continuó diciendo Ratier, por usted representé el otro día un feo papel, confesando a Remisof, y crea usted que no fué para mí una tarea agradable... No obstante soy capaz de hacer todavía mucho más con tal de evitar a usted toda pena y sinsabor. Pero si creyera serle importuno me iría al instante y no volvería a poner más los pies en esta casa.

Katia a su vez sintió una viva emoción. ¿Cómo era posible que la interesara tan vivamente aquel francés, que no era rico ni siquiera noble, que no poseía en su favor más que su lindo rostro, su gallarda presencia y la infatigable travesura de su imaginación?

Sí, interesábale mucho. Katia veía que si él se iba para no volver más, la vida que llevaba antojárasele más odiosa que nunca. Recordó que desde que estaba en el mundo a él solo había podido hablar con sinceridad y que él era el único que le había hablado con el corazón en los labios, y si su nativa altivez se rebelaba a la idea de ser compadecida por él, la necesidad que sentía de ternura, tan natural en toda criatura humana, parecía satisfacerse al ver que él se interesaba y se desvivía por ella.

-- No se vaya usted, dijo débilmente.

Ratier sentóse en frente de ella como si no hubiese pasado nada... Ella sintióse entonces llena de confianza y abandono.

-- ¿Qué opinión tiene usted formada de Remisof?, volvió a preguntar él.

-- Bastante mediana, repuso Katia sonriéndose levemente. ¿Merece acaso otra?

-- ¿Y su mamá? Porque todo depende del punto de vista.

Catalina hizo un gesto que significaba: «A mí, mamá no me dice todo lo que piensa.» Después añadió:

-- Es rico. Ella cree que es rico.

-- Y que sería un buen marido para usted.

-- Probablemente.

-- Pero usted ¿qué opina?

Catalina hizo un penoso movimiento.

-- Nadie se preocupa de mi opinión.

-- Si se presentase como pretendiente ¿le admitiría usted?

-- Admitiré al primero que se presente con tal de que me saque de este infierno.

-- ¿Y que sea rico?

Catalina ruborizóse. Se acordó de haber dicho a Ratier que su marido debía ser rico; y se preguntó por qué había creído indispensable dicha condición. En aquel momento la riqueza se le antojaba una bagatela, sin explicarse tampoco la causa.

-- Remisof es rico, dijo con amargura, lo mismo importa él que otro.

-- ¿Viene aquí a menudo?

-- Todos los días.

-- ¿Se le recibe bien?

-- Yo no recibo bien a nadie, Sr. Ratier; ya debe usted haberlo notado, dijo Katia sonriendo tristemente.

-- ¿Su mamá de usted cree que él tiene la intención de casarse?

-- ¡Claro está!.. Si no, ¿por qué iba a hacerme la corte?

Katier se levantó e hizo a Katia una profunda reverencia.

-- Es usted el lirio de Gibwyer, señorita, dijo sonriendo para ocultar su emoción.

-- ¿Qué lirio es ése?, preguntó Katia curiosa.

-- Me refiero a una comedia. Ya se la prestaré a usted para que la lea.

«Será una infamia manchar su candor, se dijo a sí mismo. Y sin embargo, no queda otro remedio. Hay que abrirle los ojos para que ese animal no la engañe.»

Catalina le miraba curiosa y tranquilizada por la incongruencia de su conversación que le revestía de su aspecto habitual. No obstante quiso saber lo que tenía que decirle.

-- ¿De modo que usted cree que viene aquí para casarse con usted?

-- ¡Naturalmente! No creo que venga por miss Amroth.

«¡Pobre muchacha!», pensó Ratier contemplándola con profunda piedad.

De pronto le cogió las dos manos y apretándoselas fuertemente, le arrojó al rostro la terrible verdad, como un cubo de agua fría:

-- Si le hace a usted la corte no es más que por mero entretenimiento. El mismo me lo ha dicho.

La joven lanzó un grito y trató de libertar sus dos manos prisioneras para ocultarse con ellas el rostro; pero Ratier se las sujetaba fuertemente, temeroso de que se refugiara en su cuarto a donde no hubiera podido seguirla.

-- No dude usted de mis palabras, señorita Katia. Yo ya lo sospechaba y por eso quise oírlo de su misma boca.

Catalina retorciase de dolor con los ojos cerrados tratando de escapar a la fuerte presión de Ratier, evitando sus miradas, pálida de cólera y de vergüenza. Hubiese preferido mil veces la muerte antes que soportar aquel ultraje. Volviendo a abrir los ojos lanzó una mirada de angustia, clavando en Ratier una mirada, donde se condensaban todos los dolores de la mujer y que empezaban a empañar ya las lágrimas.

Ratier, cada vez más compadecido de la desventurada joven, le dijo con una voz impregnada de infinita dulzura:

-- Llore usted..., no se contenga, que nadie ha de saber nada de su dolor.

Katia lloró, en efecto, afligida y humillada, sin darse cuenta de donde estaba ni de lo que pasaba a su alrededor.

Durante los dos años que acababan de transcurrir no había duda de que otros hombres tuvieron el mismo pensamiento de Remisof; pero ella no se percató, gracias a esa inocencia que existe naturalmente en el alma de las muchachas y que suele durar hasta el día de sus bodas. Katia había vivido en medio de la corrupción sin mancharse.

El daño que acababa de hacerle Ratier era inmenso e irreparable; pero al mismo tiempo era un bien, puesto que le abrió los ojos para ponerse en guardia contra los peligros y asechanzas que la rodeaban.

En esto oyóse ruido en la habitación contigua. Ratier hizo sentarse a Katia y fué a enterarse tranquilamente de dónde procedía. Era la criada que estaba haciendo la limpieza de la casa con el aire más inocente del mundo.

-- Hazle te a la señorita, dijo con aire candoroso. El almuerzo le ha hecho daño... Tráelo en cuanto esté.

La criada, sorprendida, se fué a la cocina y Ratier volvió al lado de Catalina.

-- ¿Qué debo hacer?, dijo ésta levantando los ojos.

-- Voy a decirle a usted mi plan que he madurado mucho y me parece bueno. Deje usted que Remisof la enamore, y cuando él menos se lo figure, dígame usted a boca de jarro: «¿Cuándo nos casamos?»

-- ¿Y nada más?

-- Nada más. Como él no piensa casarse le pondrá usted en un grave aprieto... Le dirá a usted que no puede hacerlo porque se lo impiden asuntos de interés o de familia; pero que ya verá más tarde. Entonces trátele usted desdeñosamente, con lo que saldrá ganando tiempo.

-- Y si me responde: «¿Cuándo usted quiera!»

-- Entonces, repuso Ratier sintiendo que se le oprimía el corazón, es que se habrá visto cogido en sus propios lazos o que, subyugado por los hechizos y prendas personales de usted, de los que no tiene la más mínima idea ha cambiado de modo de pensar... Si esto sucede, fije usted la fecha más próxima posible y cásese con él.

Ratier pronunció estas últimas palabras muy serio, casi triste, lo que era muy raro en él. Catalina le miró para convencerse de que no se chanceaba.

-- Es un hombre rico y muy inútil; pero puesto que, como acaba de decirme, lo esencial para usted es salir de este infierno, de este modo saldrá de él por la puerta grande... ¡Hasta la vista, señorita!

Ratier se iba sin darle la mano, y Katia le retuvo tímidamente.

-- Tiene usted razón, Sr. Ratier, dijo vacilante y confusa, usted es mi único, mi mejor amigo. Le agradezco mucho lo que acaba de hacer por mí..., quisiera hallar una ocasión de recompensárselo.

Ratier se sonrió entre triste y alegre y estrechó amistosamente la mano que Katia le ofrecía.

-- Tengo costumbre, señorita, de colocar mis fondos desinteresadamente, pero le agradezco mucho su buena intención. Está usted persuadida de ello.

Al llegar al umbral de la puerta se detuvo.

-- Hasta la vista, señorita, dijo; dígame usted a su mamá que siento mucho no haberla encontrado.

La joven le miró con un aire que significaba: «¿Cómo!.. ¿Quiere usted que le hable de su visita a mi mamá?» Ratier le señaló la cocina, donde estaba la criada y se acercó a ella.

-- Se me ha olvidado decir a usted que el general Tomine está en París; por eso he venido. Vive en la calle de Arcade, III. Salude usted en mi nombre a la señora Slavsky.

Esta contaba en aquel momento al coronel el paso que acababa de dar cerca de la señora de Hauppelles, interrogándole después sobre la opinión que tenía formada de Remisof.

-- ¿Cree usted que pretende a Katia seriamente y que es un hombre formal?

-- Yo hasta ahora no sé...

-- ¿Ha pretendido antes a otra muchacha para casarse con ella? ¿Habla de sentar la cabeza, de fundar un hogar?

-- No recuerdo nada de eso, repuso el coronel.

-- Como veo que no dice nunca nada de ir poniendo la casa, se me figura que sus intenciones no son muy serias. Tampoco ha dicho nada de la dote, lo que me parece de muy mal augurio.

-- ¿Quiere usted que yo le hable?

-- No, no. Lo echaría usted a perder todo. ¿Y cómo marchan los negocios?

-- Muy mal, repuso el coronel consternado. Había olvidado, por completo ciertas letras pagaderas a los seis meses, firmadas cuando los *Aurochs*, para solventar deudas antiguas. Josia me las ha recordado esta mañana... De modo que he de pagar veinte mil francos dentro de quince días.

-- ¿Cómo va usted a hacerlo?, preguntó Bárbara.

-- ¿No ha traído usted de Niza una cantidad?..

-- Pero si ya no me queda casi nada. La modista se negó rotundamente a hacernos más vestidos si no pagábamos la antigua factura que subía nada menos que a diecinueve mil francos y pico... Saldé, pues, mi factura y ahora no le debo más que dos o tres mil francos que habrá que pagar si quiero tener trajes nuevos para la boda de Catalina.

-- ¿Qué boda? ¿Se casa acaso?, preguntó el coronel abriendo desmesuradamente los ojos.

-- Se casará seguramente, repuso Madama Slavsky, ¡Boleslao, por el amor de Dios!, no ponga usted esa cara tan asustada. Quise decirle que no me quedaba más que muy poca cosa. La verdad es que yo no sé cómo se va el dinero.

-- ¿Cuánto le queda a usted?

-- Siete mil francos, dijo la señora Slavsky mintiendo en tres mil, pero no podemos quedarnos sin nada. Y ya sabe usted, Boleslao, que no cobro la pensión de Katia hasta el primero de julio.

-- Préstemelos usted, mi querida amiga, gimio Boleslao; me cae un vencimiento el 5 de mayo y otro el 10... ¿Qué quiere usted que haga?

-- ¿Y yo?

-- A usted todo el mundo le fia, mientras que a mí ya no hay quien me preste ni un sueldo. Y usted ya sabe, Bárbara, que si pago estas letras volveré a tener crédito en la plaza, mientras que si no las pago todos los acreedores van a caer sobre mí de golpe.

-- Pero, mi querido amigo, ¿de qué le aprovechará el que yo le dé esos siete mil francos, si no encuentra usted el resto?

-- Lo encontraré si usted me ayuda. Ratier podrá serme útil otra vez.

Bárbara hizo un gesto negativo.

-- No me gusta ese Ratier. ¡Tiene una manera de burlarse de la gente! Es un hombre muy mal educado.

-- Pero dice que tiene una combinación para hacer una segunda fortuna... No crea usted que eso sea de desdeñar... Además, se me figura que es más rico de lo que aparenta.

-- Diríjase usted a él si quiere, querido. Yo por mi parte no he de pedirle nada, porque estoy persuadida de que no puede darle nada a usted.

-- Nos queda todavía Remisof.

-- Sí, pero si es que efectivamente se quiere casar con Katia, lo más prudente sería no pedirle dinero antes de la boda.

-- Seré yo el que se lo pida. Querida amiga, la ruego que me preste estos siete mil francos.

Bárbara, después de hacerse rogar mucho, acabó por ceder. Después de todo seis o siete mil francos de más no eran una suma tan importante, como observó el coronel; puesto que de todas maneras no tenía bastante para llegar al primero de julio.

Ambos convinieron en que el coronel iría a tomar el te en casa de su amiga al día siguiente por la tarde, entregándole ella entonces todo el dinero que pudiera allegar. Madama Slavsky subió a su austero cupé y regresó a su casa. Su hija y miss Amroth, que estaban de pasco, volvieron casi a los pocos instantes.

En cuanto llegó Katia su madre le anunció que al día siguiente por la tarde iría a visitar con miss Amroth a una señora muy buena y amable, que era amiga suya y que deseaba conocerla.

-- Al principio la hallarás algo seria, pero en el fondo está muy bien dispuesta en tu favor. Procura no mostrarte tan aturdida ni ligera como de costumbre, pues no sería oportuno.

Katia, muy sorprendida de oír hablar a su madre de la seriedad de una amiga suya, quiso protestar; pero como la cosa la interesaba tanto, Madama Slavsky, prevalida de su autoridad maternal, se mantuvo inflexible.

(Se continuará.)



Madrid. - Consagración del nuevo obispo de Barcelona Dr. D. Enrique Reig en la iglesia de los religiosos Paules. El Dr. Reig recibiendo el homenaje de los fieles después de la consagración.

MADRID. CONSAGRACIÓN DEL NUEVO OBISPO DE BARCELONA DR. D. E. REIG Y CASANOVA

En la iglesia de los Religiosos Paules se celebró el día 8 del actual, con gran solemnidad, la consagración del obispo electo de Barcelona D. Enrique Reig y Casanova.

Al acto asistió numerosa y distinguida concurrencia; pues son conocidas las muchas simpatías de que goza el nuevo prelado, hasta hace poco auditor del Tribunal de la Rota.

La ceremonia se celebró con el ritual de costumbre, oficiando de consagrante el Nuncio Apostólico, monseñor Ragonesi.

Actuaron de prelados asistentes los obispos de Madrid-Alcalá y Sión.

Al pie del altar mayor, lado del Evangelio, estaban los padrinos del señor Reig, Excmos. señores Marqueses de Comillas.

En el presbiterio, al lado de la Epístola, tomaron asiento los obispos de Palencia y San Luis de Potosí, y tras ellos numerosas comisiones de religiosos y los párrocos de Madrid.

Entre los concurrentes figuraban el presidente del Consejo, Sr. Dato; el del Senado, capitán general Azcárraga; el ministro de Fomento, señor Ugarte; el capitán general Marqués de Tenerife; los exministros Sres. Sánchez de Toca y Marqués de Vadillo, la Duquesa de la Conquista, el Duque de Bailén, los Marqueses de Unza del Valle y Zahara, el Conde de Aybar, los señores Cambó, Sagnier, Rolland, Marín Lázaro, Elizaga, Tormo, Gamazo (D. Trifino), Blanco (don Rufino), una representación del Centro de Defensa Social, Comisiones eclesiásticas de Barcelona, el Padre general de la Orden Mercedaria, el elocuente orador sagrado D. Diego Tortosa, los capellanes de Palacio Sres. Calpena, Vales Faillde, Palmer y otros, y muchas otras Comisiones.

El obispo electo prestó su juramento solemne en la forma acostumbrada. Después se dijo la misa, durante la cual la Capilla-música de los PP. Paules interpretó el *Tu es Petrus*, de Eslava; la *Misa*, a cuatro voces, de Perosi; el *Tedéum*, del mismo, y el *Veni Creador*, de Muteler.



El nuevo obispo, los prelados, los padrinos y algunos invitados, después de la consagración. - 1. Dr. D. Enrique Reig. - 2. El Nuncio de S. S. monseñor Ragonesi. - 3. El obispo de Sión. - 4. El obispo de Madrid-Alcalá. - 5. El obispo de San Luis de Potosí. - 6. El Excmo. Sr. marqués de Comillas. - 7. La Excmo. Sra. marquesa de Comillas. - 8. D. Eduardo Dato. - 9. El general Weyler, marqués de Tenerife. - 10. D. Joaquín Sagnier. (Fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)

Terminada la misa, el nuevo obispo, acompañado de los prelados de Madrid-Alcalá y Sión, recorrió el templo, dando a besar el anillo pastoral a los concurrentes al acto. Cantóse a continuación un *Tedéum*, terminando el acto a las doce y media.

LONDRES

LA EXPOSICIÓN DEL «CLUB DE LAS TRES ARTES»

La importante sociedad artística londinense denominada «Club de las Tres Artes» ha celebrado recientemente su segunda exposición anual en las Galerías de Maddox Strett.

En esta exposición han figurado algunas obras de grandes maestros fallecidos, galantemente cedidas por sus actuales poseedores. Entre ellas merecen citarse especialmente las de Cazin, Jacque, Harpignies Fantin, Millet y Whistler.

Los artistas pertenecientes a la Sociedad han aportado a la exhibición gran número de obras, bellas casi todas y en las cuales han podido admirarse los más distintos géneros y las más variadas tendencias.

Junto a los expositores de reconocida fama como Orpen, Nicholson, Brangwin, Short, Spencer Pryse, Jacobo Pryde, Framp-ton y el profesor Lantieri, han ofrecido a la consideración del público sus trabajos muchos artistas jóvenes, entre ellos un número crecido de señoritas. Citaremos entre aquellos cuyas obras han llamado más la atención, los nombres de las señoritas Ruth Hollingsworth, Glady A. Pinks, E. Fothergill Róbinson, Margarita Dalglish, Dorotea Jerrold, Hilda Kidman, Irene Ryland y Dorotea Sharp, y los de los Sres. Barron, Kingsley Tarpey, Watson Williams.



Odette, cuadro de la señorita Ruth Hollingsworth. (Segunda Exposición anual del Club de las Tres Artes, recientemente celebrada en Londres.)

El Dr. Reig fué felicitado calurosamente.

Al medio día se celebró en casa de los Marqueses de Comillas en honor del nuevo obispo un banquete al que asistieron el jefe del Gobierno y otros distinguidos invitados.

El cuadro *Odette*, de la señorita Ruth Hollingsworth, que adjunto reproducimos, es una obra delicadamente concebida, primorosamente ejecutada, de líneas armoniosas y elegantes y admirable conjunto.

BARCELONA. - PROCESIÓN DE ROGATIVAS. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)



Paso de la Imagen de Nuestra Señora de las Mercedes, patrona de Barcelona, por la plaza de San Jaime

Como coronación del triduo de rogativas celebrado en la iglesia de Nuestra Señora de la Merced para implorar del Altísimo, por intercesión de la Virgen patrona de Barcelona, la salud pública de nuestra ciudad, efectuóse la traslación procesional de la milagrosa Imagen desde aquel templo, su santuario, a la Santa Iglesia Catedral.

A las ocho en punto salió de la Merced la procesión, a la que precedía una pareja de la guardia municipal montada y en la que figuraban gran número de señoras pertenecientes a las distintas asociaciones puestas bajo la advocación de la Virgen de las Mercedes, los profesores y alumnos del Colegio Calasancio, el personal subalterno y administrativo de los Bancos, casas consignatarias de buques y otras entidades de la demarcación de la iglesia, un grupo de *boy-scouts*, los portantes de palio de la parroquia y de la Pía Unión de San Miguel Arcángel, que con la Asociación de Minerva y los marineros de la Compañía Transatlántica, alternaban en llevar las andas sobre las que descansaba el trono de Nuestra Señora. A éstos seguían la escolanía y la Comunidad, la Sagrada Imagen bajo palio y con guardia de honor formada por la escuadra de gastadores del batallón de cazadores de Barcelona, el párroco, las señoras camareras de la Virgen y la Junta de Obra del templo. Cerraba la comitiva un piquete del citado batallón, con bandas de cornetas y de música.

La procesión se dirigió a la Catedral, en donde la Virgen fué recibida por el Cabildo, entonándose a su entrada en el templo la *Salve montserratina*, mientras eran echadas al vuelo las campanas.

Colocada la Sagrada Imagen en el altar mayor, al lado del Evangelio, celebróse el Santo Sacrificio de la Misa y, terminado éste, reorganizóse la procesión en el orden siguiente: dos guardias municipales montados, la bandera de Santa Eulalia, los gonfalcones y las cruces de la Catedral y de la Merced, las asociaciones de señoras y las de caballeros, en número de muchos millares de personas, los representantes de congregaciones religiosas y de las comunidades de las diferentes parroquias, los portantes de tabernáculo y de palio y la Sagrada Imagen. Detrás de ésta iban el preste y sus acompañantes, las camaristas de la Virgen, el Alcalde y dos concejales, el Gobernador militar y su ayudante, el Comandante de marina, el Presidente de la Audiencia, el Secretario del Gobierno civil y un diputado provincial. Cerraba la comitiva una compañía del regimiento de Alcántara con sus bandas de música, cornetas y tambores.

Encaminóse la procesión a la iglesia de la Merced y al llegar la Imagen a la plaza de este nombre, el público prorrumpió en vitores entusiastas. La Imagen fué recibida en la iglesia a los acordes del órgano, mientras eran echadas al vuelo las campanas y quedó depositada nuevamente en su camarín, entonando entonces la escolanía los gozos de la Virgen.

El acto resultó solemne, imponentísimo y fué una demostración de la religiosidad de Barcelona y de la veneración que siente nuestro pueblo por su Patrona.

Como detalle interesante, citaremos el hecho de que al pasar la procesión por delante del hotel de las Cuatro Naciones, en donde se hospeda el exultán de Marruecos Muley Hafid, éste se incorporó a

ella formando parte de la comitiva durante un buen rato, y entregó luego al secretario de la Junta Dioce-

sana de Acción católica un billete de quinientas pesetas con destino a los pobres de la parroquia.

Para tener una cabellera incomparable emplead el **PETROLEO GAL**

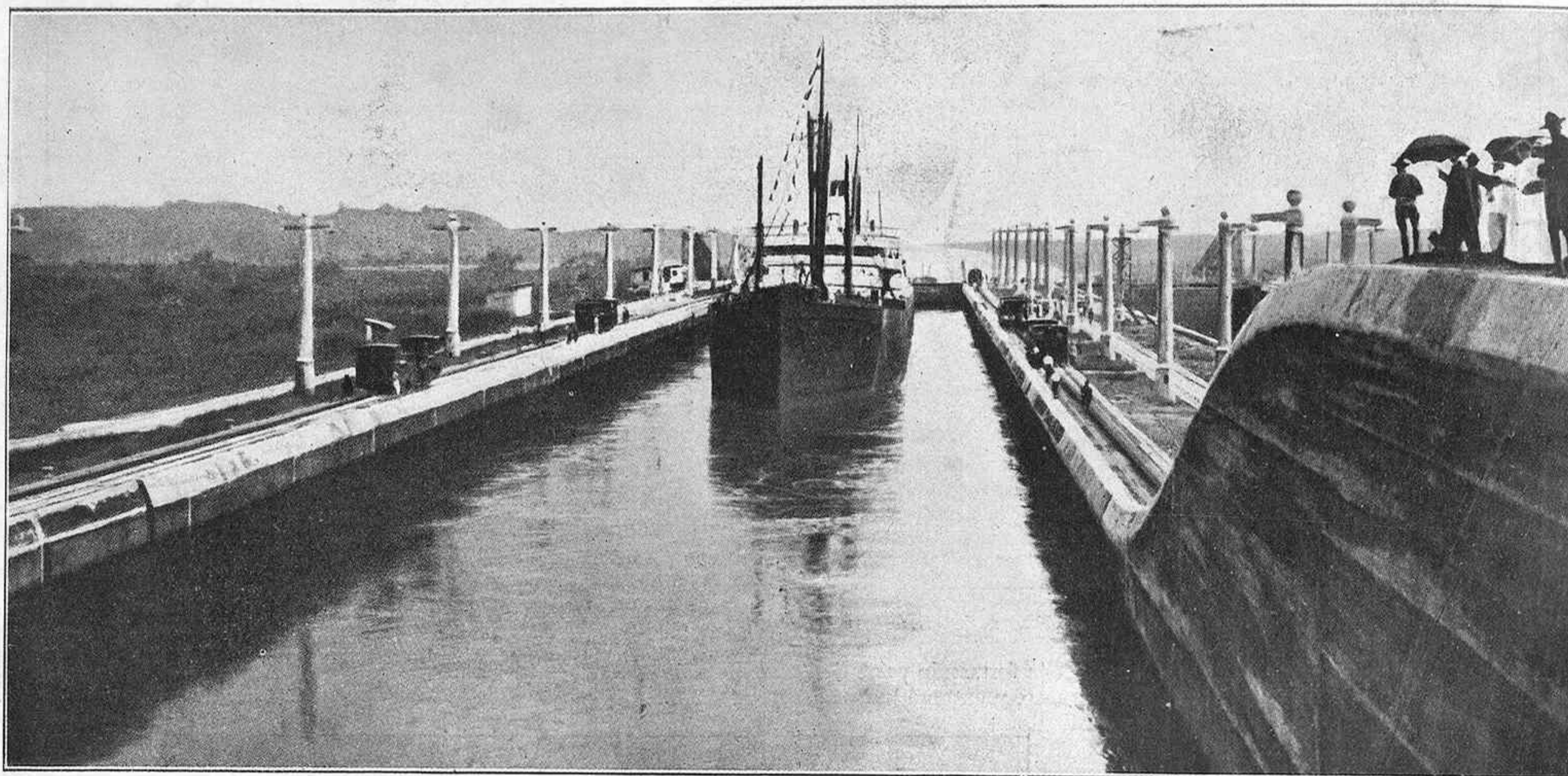
Ehrmann.

APERTURA DEL CANAL DE PANAMÁ AL COMERCIO DEL MUNDO

El día 15 de agosto de 1914 será de hoy más una de las fechas memorables de la historia. En dicho día fué abierto al comercio del mundo el canal de Panamá, habiendo hecho el

con que las caballerías arrastran y manejan los botes y embarcaciones en los antiguos canales que todavía existen en algunos pueblos.

son más altos y poco a poco nos acercamos a ese cañón abierto por la mano del hombre en la cima de la División Continental; este es el verdadero Corte de Culebra. Grande como



El buque *Ancón*, primero que ha hecho el viaje completo entre el Atlántico y el Pacífico por el canal, en el segundo plano de la represa de Gatún

primer viaje completo del uno al otro océano el vapor *Ancón*, de la Compañía del ferrocarril de Panamá, que es, en realidad, propiedad de los Estados Unidos. Iba a bordo del *Ancón* un grupo de personalidades distinguidas, especialmente invitadas por el gobernador de la zona del canal, coronel Jorge W. Goethals, jefe constructor de esta colosal vía interoceánica, y en sus bodegas iba consignado un cargamento para la costa del Pacífico.

De un artículo publicado en el «Boletín de la Unión Panamericana» por su director John Barret, que formó parte de la expedición, tomamos los siguientes datos y observaciones.

El viaje de Cristóbal a Balboa, o sea de Colón a Panamá, desde las aguas del Atlántico hasta las del Pacífico se efectuó sin la menor dificultad, sin el más leve accidente o tropiezo de ninguna especie. Tan fácil y suavemente se realizó el viaje, en medio de los aplausos de la multitud que llenaba las esclusas y las colinas que se extienden a lo largo de la vía, que se hubiera dicho que el canal funcionaba desde hacía mucho tiempo y que el *Ancón* sólo hacía lo que millares de barcos habían hecho antes que él.

Con tanta destreza desempeñaron su tarea los encargados de abrir y cerrar las gigantescas compuertas de la represa y del manejo de las locomotoras eléctricas que tiran de los barcos, que parecía que nunca hubiesen hecho otra cosa. Las altas compuertas de las esclusas se abrían y se cerraban con suavidad y exactitud, y los extremos se tocaban en silencio sin dar siquiera idea de que pesaban centenares de toneladas; y las locomotoras eléctricas llevaban al remolque, contenían o dominaban el corpulento casco del *Ancón* con la misma facilidad

El *Ancón* subió las tres represas que hay desde el Océano Atlántico hasta el nivel del lago Gatún, o sea una altura de 28 metros en una hora y diez minutos; entró en las aguas del lago, siguió el canal de 24 millas hasta la desembocadura del río Chagres y el Corte de Culebra; bajó la represa de Pedro Miguel con la misma facilidad con que había subido la de Gatún; descendió al lago Miraflores, salvó las represas de este nombre y poco después cortaba con la quilla las aguas del Océano Pacífico.

Describiendo el paso del *Ancón* por el Corte de la Culebra, escribe el Sr. Barret:

«A poco el lago empezó a angostarse y comprendimos que nos acercábamos a la desembocadura del Chagres y al famoso Corte de Culebra. Frente al Mamey, en la orilla Norte, el ferrocarril reconstruido, que antes corría mucho más abajo de las aguas del lago y del cual nos habíamos separado en la represa de Gatún, apareció de nuevo cargado de excursionistas, que nos pasaban en vía al Pacífico donde nos esperarían para vernos entrar en las aguas de este océano. En la milla 31 del canal pudimos ver el puente de Gamboa, donde el Chagres entra en el canal y allí contemplamos sus aguas estancadas por muchas millas, privadas ya de su antiguo peligro y potencia, que hicieron impracticable la construcción de un canal a nivel y fueron tormento de los primeros constructores franceses.

«Ahora el *Ancón* se dirige recto hacia el Corte de Culebra, y por la primera vez la espléndida vía marítima toma aspecto de canal. Las paredes están cortadas casi perpendicularmente; el ancho de una a otra es por lo general de 300 pies por una distancia de 9 millas. Seguimos entre esos muros que cada vez

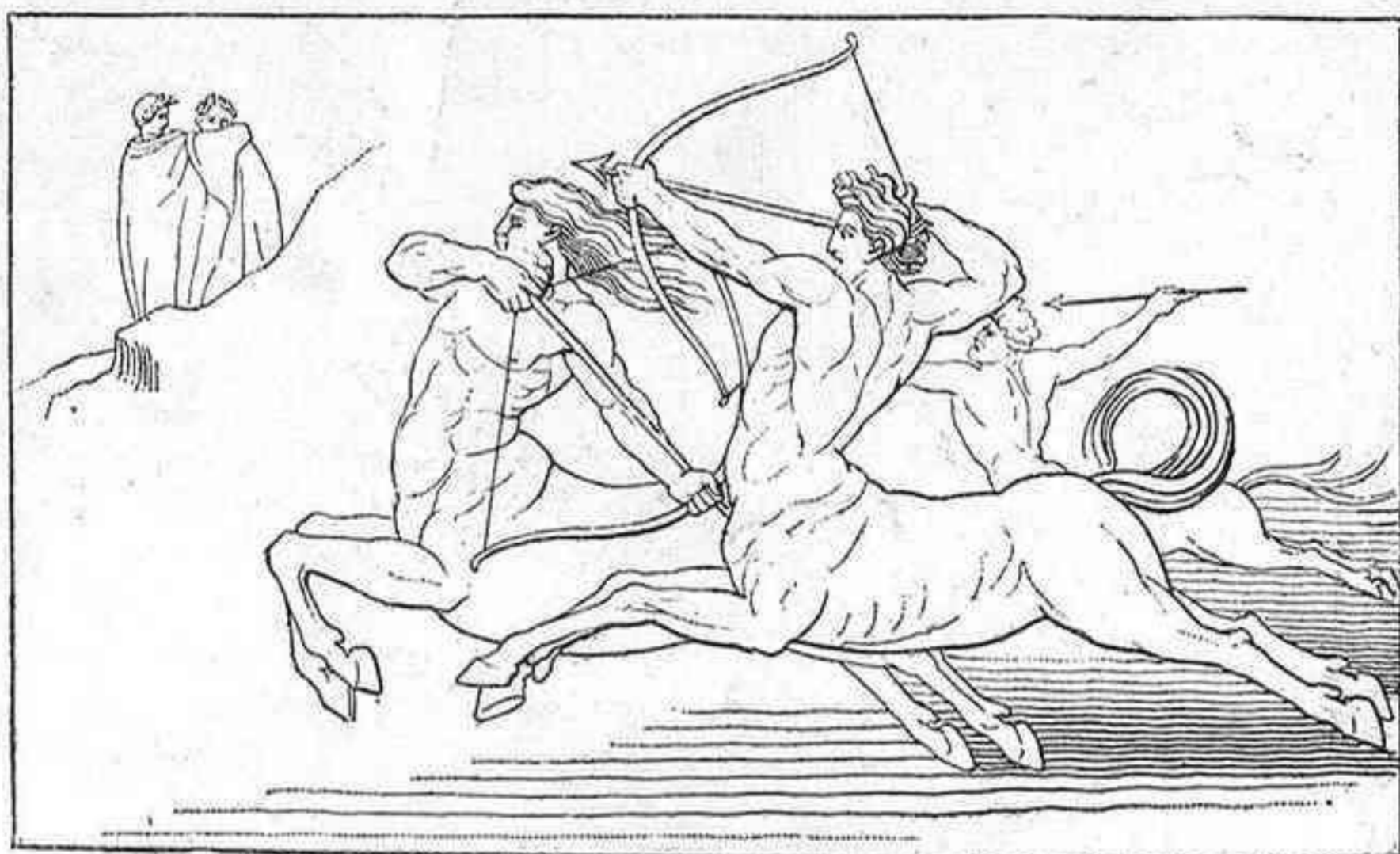
era el *Ancón* parecía empequeñecer gradualmente al acercarnos a la enhiesta «Gold Hill» y su hermano gemelo que se alza a la orilla opuesta. Al atravesar el punto donde es mayor la profundidad del corte, volvimos todos las cabezas hacia arriba para ver el lugar donde hace muchos años los franceses comenzaron a hacer sus excavaciones y pudimos ver la marca donde los americanos reanudaron el trabajo de diez años. Nos frotamos los ojos, movidos por un impulso de duda, en nuestro esfuerzo por convencernos de que esos dos picos fueron un día pedazo macizo de montaña y que el hombre había logrado separarlos con una profunda escisión de 500 pies, para abrir el paso de uno a otro océano, que habían buscado en vano Colón, Balboa y otros navegantes.»

El *Ancón* hizo en diez horas un viaje maravilloso, pues sin el canal hubiera tenido que dar la vuelta a la América del Sur lo cual no podía hacerse en menos de treinta y cinco días; pero este tiempo de 10 horas no es el máximo, pues la travesía entre los dos océanos puede hacerse en siete. Como el *Ancón* fué el primer barco que pasaba el canal, el viaje se hizo lentamente de propósito.

No fué el paso del *Ancón* solamente lo que vino a demostrar el éxito completo del canal, pues durante los tres días siguientes hicieron el mismo viaje siete barcos, desde un yate particular de 90 pies, propiedad del Sr. Morgan A. Adams, de los Angeles, hasta grandes buques de carga y un pequeño barco de guerra peruano.

El tránsito de los primeros buques por el canal ha producido un ingreso de 100.000 pesos en concepto de derechos de paso.

LA DIVINA COMEDIA por DANTE ALIGHIERI



Tres se adelantaron de la fila, con los arcos y flechas que habían prevenido

Traducida y anotada por el reputado académico D. CAYETANO ROSELL, y enriquecida con un prólogo biográfico-crítico escrito por D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

Esta notable edición va ilustrada con la reproducción de 110 composiciones dibujadas por el notable artista inglés JUAN FLAXMAN.

LA DIVINA COMEDIA, por Dante Alighieri, se publica en cuadernos semanales de cuatro reales uno, los cuales constan de 8 pliegos de 8 páginas de texto, que contienen asimismo la reproducción de las celebradas composiciones de Juan Flaxman en número de 110.

La edición se ha impreso sobre papel couché y consta de 10 cuadernos de 64 páginas de texto con las ilustraciones de J. Flaxman.

TERMINADA LA IMPRESIÓN DE ESTA OBRA

SE VENDE ENCUADERNADA A 12 PESETAS

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN